

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

# **La Focalización en Robinson Crusoe (1719) de Daniel Defoe**

## **La visión sobre el indígena**

Informe de Seminario de Grado para optar al grado de licenciado en literatura

Autor:

**Pablo Faúndez Morán**

Profesor Guía: Rolando Carrasco M.

**Santiago, Diciembre 2007**



<b>Agradecimientos . .</b>	<b>4</b>
<b>Introducción . .</b>	<b>5</b>
<b>Capítulo I: Focalización. Identificación del sujeto hablante . .</b>	<b>8</b>
<b>1. La Focalización. . .</b>	<b>8</b>
<b>2. El Focalizador . .</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo II: El objeto focalizado. La visión sobre el indígena en <i>Robinson Crusoe</i> . .</b>	<b>21</b>
<b>1. La visión sobre el indígena en <i>Robinson Crusoe</i> . .</b>	<b>21</b>
<b>2. Imagen Colectiva . .</b>	<b>21</b>
<b>3. Imagen Individual . .</b>	<b>26</b>
<b>Conclusiones . .</b>	<b>35</b>
<b>Bibliografía . .</b>	<b>37</b>
Fuentes literarias . .	37
Fuentes Críticas . .	37

## Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecer a mis compañeros de seminario Daniela, Carolina, Paulina y Yuri por haber aportado al buen ambiente que logramos generar tanto en la sala de clases como fuera de ella, y por su apoyo durante todo el año en las distintas actividades que realizamos.

También quisiera hacer mención de dos personas: mis amigos Rodrigo y Pedro. Al primero por haber leído este trabajo conmigo y haber aportado con sus críticas y observaciones a concretar un proyecto más sólido y ordenado. Al segundo por las interminables conversaciones en torno a *Robinson Crusoe* y la literatura en general, de las que tanto he aprendido.

No puedo dejar de agradecer a mis padres, no sólo por su apoyo durante estos cuatro años, sino también por haber respetado siempre las decisiones que sobre mi futuro he ido tomando, a pesar de los tropezones que he dado en el camino.

Y finalmente, quiero agradecer especialmente a nuestro profesor guía, Rolando Carrasco, no sólo por su compromiso con el curso, las infatigables revisiones y correcciones de nuestros proyectos y su innegable vocación como docente, sino principalmente por su comprensión y su paciencia.

A todos ellos, dedico este trabajo.

---

# Introducción

Una de las principales actividades económicas de la modernidad ilustrada en Europa era el comercio marítimo. Éste, comprendía un amplio campo de actividades en que destacaban la importación de materias primas, la trata de esclavos y los procesos de colonización. Todas éstas, se habían ya consolidado durante el siglo XVII y constituían ahora parte de la realidad económica, política y social de las principales naciones europeas. Como señala John Parry en su texto, *Europa y la expansión del mundo 1415-1715*, “A principios del siglo XVIII, los comerciantes, misioneros y hacendados habían fundado colonias permanentes en todos los continentes del mundo, salvo Australia y el Antártico” (255). Como es de suponer estas actividades eran masivas y comprometían gran parte de los esfuerzos y preocupaciones de las potencias europeas que buscaban consolidar sus dominios fuera de los límites de la propia nación y el control de las rutas oceánicas. Estos proyectos tenían carácter nacional, dado que lograr asegurar la estabilidad política y social tanto externa como interna, era una tarea titánica. Se fundamentaron estas incursiones desde diversos planos: políticos, sociales y religiosos, “sin embargo, los argumentos más importantes eran los económicos. Las colonias enriquecían a los inversionistas y al reino en general, produciendo artículos que tenían demanda en Europa” (Parry, 147). La cantidad de conflictos que se desprendían de cada uno de estos viajes era inmensa y se movía desde las esferas más altas de la sociedad y sus disputas de poder, a la realidad más cotidiana de hombres de familia convertidos en marineros, comerciantes o piratas. El mar y los viajes se convirtieron, desde los inicios mismos de estas exploraciones, en componentes principales de la mentalidad del hombre europeo moderno, y esto podemos verlo plasmado en la literatura. Desde las cartas de Colón y Cortés durante el siglo XVI, en que se describían los procesos de descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, hasta el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, en el siglo XVIII, historia de un naufragio ficcional, la literatura de viajes y aventuras empezó a describir un encuentro del hombre europeo con el mar que se hacía cada vez más cotidiano.

Ahora bien, la intención de este informe no es referir este amplio marco de estudio, sino centrarnos en una de sus manifestaciones más representativas durante el siglo XVIII, el *Robinson Crusoe*<sup>1</sup>, escrito y publicado el año 1719 por Daniel Defoe en Inglaterra. La imagen del náufrago inglés es hoy casi universal, dada la fuerza de la metáfora de la sobrevivencia del hombre solo en una isla. Sin embargo, la lectura atenta de la novela y la investigación en torno a ella, han ido revelando cada vez con mayor detalle múltiples elementos dentro de ésta, que permiten identificar ciertas problemáticas que aquí queremos abordar.

La primera motivación que fundamenta esta investigación es la de reconocer la obra de Daniel Defoe en un contexto de producción y dilucidar las redes que conectan al texto y su época. Sin embargo, esta resultaría una tarea demasiado extensa, dado que las posibilidades son múltiples: relación con un contexto religioso, relación con un contexto político, relación con un contexto social, económico, filosófico o incluso estrictamente literario. Pero la mejor solución para enfrentar este primer problema es simple: ceñirse a lo que la misma obra dice, a los elementos de la realidad que ésta desarrolla. Y el

<sup>1</sup> Para todo el desarrollo de este trabajo utilizaremos: Defoe, Daniel. *Robinson Crusoe*. Ciudad de México: Editorial Porrúa, 1991.

reconocimiento de estos, es el reconocimiento de la *focalización*. Los diccionarios de retórica consultados<sup>2</sup> definen ésta fundamentalmente como el punto de vista desde el cual se narra. Ese es entonces nuestro primer objetivo: ¿quién y cómo narra *Robinson Crusoe*? ¿De qué herramientas se vale para ello? ¿Qué cosas son las que priman en esta relación? ¿Cómo se construye la perspectiva narrativa y de enunciación en la obra de Defoe?

Al tratarse de la historia de un naufrago, notamos inmediatamente que el centro de la problemática está en el mar y las relaciones que los hombres ingleses del siglo XVIII mantenían con éste. Por lo tanto, y a partir de lo que señalábamos al principio, la perspectiva de enunciación del texto habrá de construirse en el discurso colonial en el marco de las transformaciones económicas y comerciales del XVIII.

Como se expondrá en la investigación, hay una concordancia entre los discursos económicos y filosóficos de la época, y la obra de Daniel Defoe, sin embargo, hay un punto que genera algunos conflictos. Peggy K. Liss expone en *Los imperios transatlánticos* (1983) la situación del colonialismo inglés a principios del siglo XVIII y llama profundamente la atención el hecho de que los ingleses estaban en ese momento mucho más preocupados del comercio y el control de éste en altamar, que del trabajo en las colonias: “las colonias que existían para la explotación eran y siguieron siendo más favorecidas por el gobierno que aquellas otras dedicadas exclusivamente a la colonización” (22). El interés inglés estaba en comerciar, no en producir y los afanes imperialistas se orientaban hacia un poder entendido en términos comerciales, no territoriales. Dentro de este sistema capitalista y de esta idea de Imperio, ¿qué lugar habrían de ocupar los indígenas? Y si a esto sumamos la información que ofrece Thomas R. Berger en *Una terrible y perdurable sombra* (1992), quien señala que al contrario de españoles y portugueses en Sudamérica, “en los bosques del noreste, ingleses y franceses tropezaron con una confederación política india cuya capacidad guerrera rebasaba sus fronteras” (84) ¿Cuál es entonces la relación entre ingleses e indígenas? ¿Qué visión del indio arrojaba esta relación? Aquí es donde proponemos nuestra hipótesis de investigación: no había un discurso formal, difundido y particular sobre *el indio*, sino sólo la inclusión de éste a los sistemas expuestos con anterioridad. Al contrario de la literatura española, en que se fraguó toda una problemática desde la misma llegada a América, que terminó (o tuvo un cambio de rumbo sustancial) con la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas del año 1542; en Inglaterra, en la visión de Daniel Defoe, no hay eco de ningún discurso que presente una problemática en torno a la imagen del indígena, ni siquiera respondiendo al modelo del *buen salvaje*. La figura de Viernes, el indio compañero de Robinson en la isla, se construye única y exclusivamente en relación al modelo capitalista que articula el resto de la obra, mientras que la imagen de los caníbales, la otra presencia indígena, responde al paradigma que de estos se había constituido en los relatos marítimos de piratas y marineros.

Para exponer estos contenidos, la primera parte del trabajo se concentrará en analizar la focalización del relato, en las figuras del *focalizador* y del *objeto focalizado*. En este apartado abordaremos también la condición genérica del texto, lo que nos permitirá comprender de mejor manera la naturaleza del narrador y su discurso. Identificaremos asimismo los correlatos ideológicos que inciden en la novela de Defoe y perfilan la naturaleza de la focalización. Luego, en la segunda parte, nos centraremos en el análisis del discurso sobre Viernes y los caníbales, para luego pasar a las conclusiones y reflexionar en torno a la hipótesis presentada.

---

<sup>2</sup> Son dos: Marchese, Angelo. *Diccionario de retórica crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ed. Ariel, 1989. Estébanez Calderón, Demetrio. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza, 1999.

A medida que avancemos se irán indicando las fuentes bibliográficas en cada capítulo utilizadas, y se realizará la discusión en torno a éstas.

# Capítulo I: Focalización. Identificación del sujeto hablante

## 1. La Focalización.

La *focalización*, explica Mieke Bal en *Teoría de la Narrativa*, tiene que ver con “las relaciones entre los elementos presentados y la concepción a través de la cual se presentan” (108). Esta definición, que no habla ni de narradores ni de personajes, se concentra en aspectos más abstractos del ejercicio narrativo, como vendría a ser una *concepción*. Ésta podría entenderse de múltiples maneras, dada la amplitud y ambigüedad del concepto; sin embargo, Mieke Bal rápidamente procede a acotarlo en función de hacerlo más técnico y así hacer más precisa su condición de herramienta de análisis narrativo. Para ello, parte por introducir una distinción que habrá de ser fundamental para el trabajo que nos proponemos: habla de “la visión a través de la cual se presentan los elementos, por una parte, y la identidad del cuerpo/grupo que verbaliza esa visión por la otra” (108). Al separar la *identidad* del hablante de su *visión*, está proponiendo un reconocimiento del discurso de aquél que va más allá de sus propias palabras y que se compone no sólo de éstas, sino de toda apreciación y comportamiento que el mismo tenga.

Para poder hacer esto, divide el campo de la focalización en tres partes: el focalizador, el objeto focalizado y los niveles de focalización. La definición del primero es simple: “El sujeto de la focalización, el *focalizador*, constituye el punto desde el que se contemplan los elementos” (110). Presenta luego los tipos que se pueden reconocer en esta instancia, señalando que siempre tienen que ver con el lugar desde el cual narran, es decir, si lo hacen como personajes de la historia (focalización interna) o como una entidad fuera de ésta que sólo relata sin participar de los acontecimientos (focalización externa).

Luego, sobre el objeto focalizado, parte por señalar la importancia de determinar con claridad tanto al personaje que focaliza como a lo focalizado, en la medida en que la imagen presentada por el focalizador da igualmente una idea de éste. Presenta tres preguntas fundamentales para realizar este análisis: 1. ¿Qué focaliza el personaje: a qué se dirige?; 2. ¿Cómo lo hace: con qué actitud contempla las cosas?; 3. ¿Quién focaliza: de quién es el objeto focalizado? En las tres preguntas se produce la escisión de la que recién hablábamos, pues en las tres puede reconocerse una actitud del hablante más allá de sus palabras: ¿por qué elige éste referir lo referido en desmedro de otros elementos de una realidad múltiple? ¿por qué en ese orden?; ¿por qué, por otra parte, lo hace de la forma en que lo hace? ¿por qué es desdeñoso, o contemplativo, o indiferente?; y, finalmente, ¿qué relación tiene con el objeto del que habla? ¿es suyo o no? ¿es algo que desea o no?, etc. La respuesta a todas estas preguntas enriquece el reconocimiento de la figura del hablante y permite el acceso a una *concepción* desplegada en el texto, en la medida en que nos permite hacer coincidir o no el discurso presentado con un discurso extraliterario, propio de la época en que el texto fue escrito.

Finalmente, el nivel de focalización, tiene que ver con el funcionamiento en conjunto de ambas partes que define una forma particular en cada texto. Para ello, la distinción



fundamental está dada por el tipo de relato que haga el narrador de las cosas: si éste es sólo de percepciones o si involucra también sus reflexiones o apreciaciones.

Si bien estas categorías pueden ser ocupadas brevemente y puntualmente, nosotros seremos exhaustivos en la identificación de la focalización en *Robinson Crusoe*, internándonos en la dimensión que las preguntas ofrecidas unos párrafos más arriba nos ofrece. Pues, Mieke Bal las plantea como herramientas de un análisis textual, sin embargo, el problema puede ser llevado más allá del texto y el reconocimiento de esta *focalización*, puede implicar un estudio de la situación socio-económica del espacio en que la obra fue escrita. Como señalan Marchese y Forradellas en su *Diccionario de retórica, crítica y terminología*, a propósito de Jean Genette<sup>3</sup>, el estudio de la focalización puede derivar en la consideración por el autor, miembro del contexto de producción de la obra:

***Por eso Genette (Figures III), al considerar la diferencia entre autor y narrador, prefiere referir el problema de la “perspectiva” o del “punto de vista” al “modo” de la narración, y hablar de focalización para designar el lugar o la persona desde cuya perspectiva transcurre la narración (337).***

Nosotros, en este sentido, trabajaremos develando el *modo*, a partir de las actitudes del narrador y del lugar de donde habla; en términos de Bal, veremos cómo se comporta el *focalizador* respecto del *objeto focalizado*, reconociendo en ello la forma en que se focaliza la novela. ¿Cómo se narra entonces el *Robinson Crusoe*? ¿Quién lo narra? ¿Qué antecedentes tiene esta narración y qué valor dentro de sus circunstancias literarias y sociales?

## 2. El Focalizador

En esta novela, el focalizador tiene nombre y apellido: Robinson Crusoe. La historia parte así:

***Nací en la ciudad de York el año 1632, siendo oriundo de una buena familia, pero extranjera en el país. Mi padre, natural de Brema, se dedicó al comercio en Hull, donde adquirió una fortuna más que regular. Más tarde se retiró de los negocios y fue a vivir a York, en donde casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson, una de las mejores del condado. (1)***

Antes de cualquier caracterización en torno a elementos más complejos, podemos señalar que en *Robinson Crusoe* hay, en términos de Mieke Bal, un *focalizador personaje*, dado que es un relato en primera persona. Otro referente consultado, el *Diccionario de términos literarios* de Demetrio Estébanez Calderón, habla de varios tipos de narradores clasificados por N. Friedman en 1955, a propósito de las formas de focalizar el relato. *Robinson Crusoe*, el personaje narrador, ocuparía la categoría de “Yo Protagonista”:

***El punto de vista, llamado aquí por Friedman de “vértice fijo”, radica en el protagonista-narrador, que cuenta su historia en primera persona y es, por tanto, el eje central de esa historia y sujeto de la enunciación de su discurso (891).***

Como se puede apreciar, la figura del focalizador no ofrece mayores misterios en el caso de la obra que trabajamos, dado que se presenta bajo la forma de un hombre que cuenta su historia: el cómo terminó náufrago en una isla en medio del pacífico sur y las penurias que

---

<sup>3</sup> Cfr. Genette, Gerard. *Figures III*. París: Seuil, 1972.

experimentó tras casi 20 años de soledad. El relato comprende, de esta forma, una suerte de *autobiografía*, pues se aboca a la relación de la historia personal. Podría uno plantearse la posibilidad del diario de vida, sin embargo, el mismo texto aclara que no se trata de ello: en el capítulo V, se incluye lo que el narrador Robinson denomina *El Diario*:

**1 de octubre.-Por la mañana quedé sumamente sorprendido cuando reconocí el buque, que, arrastrado por la marea, había sido arrojado mucho más cerca de la orilla. Esto fue para mí un gran consuelo, porque, viendo que no se había destrozado y que se conservaba derecho sobre su quilla, pensé que si calmaba el viento podría ir visitarlo, encontrar que comer y recoger los objetos que podrían serme más útiles (37)**

La datación de las jornadas y las actividades que en ellas se realizan es lo que define la condición de *Diario*, y si bien la forma de contar lo sucedido no varía mucho con la empleada en el resto del texto, al no haber siempre una relación directa entre los hechos y su fecha se descarta esta posibilidad.

Ahora bien, si nuestra intención es poder constantemente relacionar la evidencia estrictamente textual que vamos acumulando con un marco externo de problemáticas genéricas y socio-culturales, debemos aquí detenernos sobre la condición del relato autobiográfico, al ser éste, en primera instancia, el que define la naturaleza de la obra con que trabajamos. Philippe Lejeune trabaja en extenso la naturaleza genérica de la autobiografía en su ensayo *El Pacto Autobiográfico*. En él, postula una definición para autobiografía que la caracteriza como género: “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (50). Es aventurado pretender dar cuenta de todo un género en una sola definición, sin embargo, la argumentación de Lejeune es minuciosa y nos advierte que esta propuesta es el resultado de una intención de poder conjugar una serie de elementos puntuales presentes en toda autobiografía, ordenados en cuatro categorías:

**1. Forma del lenguaje: Narración. En prosa. 2. Tema tratado: vida individual, historia de una personalidad. 3. Situación del autor: identidad del autor (cuyo nombre reenvía a una persona real) y del narrador. 4. Posición del narrador: a) Identidad del narrador y del personaje personal. b) Perspectiva retrospectiva de la narración.**

Los cuatro puntos son bastante claros, y es fácil reconocerlos en el párrafo que al principio presentamos. Sobre el primero, *Robinson Crusoe*, vendría a ser lo que Lejeune llama una *autobiografía clásica*, pues en ella coincide la primera persona gramatical con un narrador que es a la vez el personaje principal. Antes de ver el segundo punto, vamos al tercero, pues aquí la obra implica un problema: no hay equivalencia entre la identidad del autor y del narrador. Daniel Defoe no es Robinson Crusoe. Y no hay, en el texto, ningún momento en que la persona del autor se haga presente para informar que está presentando la autobiografía de otra persona. Esto rompe con lo señalado por Lejeune: “La autobiografía (narración que cuenta la vida del autor) supone que existe una *identidad de nombre* entre el autor (tal como figura, con su nombre, en la cubierta), el narrador de la narración y el personaje de quien se habla” (61). Y existe certeza, al revisar la biografía de Daniel Defoe<sup>4</sup>, de que él no permaneció solo en una isla durante casi un cuarto de siglo, por lo tanto, Robinson no es una suerte de alter-ego. ¿Entonces, *Robinson Crusoe* no es una autobiografía? No, no lo es. Pero, ¿se puede negar tajantemente la condición

---

<sup>4</sup> Cfr. Watt, Ian. *Mitos del individualismo moderno*. Madrid: Cambridge University Press, 1999.

autobiográfica del texto, única y exclusivamente porque el nombre de la portada no coincide con el del narrador? ¿Qué es, entonces *Robinson Crusoe*? En términos de Lejeune, una novela autobiográfica:

**¿Cómo distinguir entre la autobiografía y la novela autobiográfica? Hay que admitir que si permanecemos en el plano de análisis interno del texto no hay diferencia alguna. Todos los procedimientos que emplea la autobiografía para convencernos de la autenticidad de su narración la novela puede imitarlos y lo ha hecho con frecuencia. (64)**

*Robinson Crusoe* es, precisamente, un texto que imita las formas de la autobiografía. Es una *autobiografía inexacta*, pues no se cumple con la condición que venimos explicando; sin embargo, esto genera sólo un problema de hecho, no de derecho, pues las condiciones textuales siguen siendo las mismas.

Ahora bien, si definimos al autor por su condición de *ser real*, frente a la ficción que él crea, *Robinson Crusoe* y Daniel Defoe son un caso anecdótico, pues el escritor inglés llegó a urdir una pequeña polémica en torno a la existencia de su náufrago. Ian Watt, en *Mitos del Individualismo Moderno* (1999) la documenta. El tercer volumen de las aventuras de Robinson Crusoe apareció el año 1720 y consistía en reflexiones del hombre sobre la experiencia vivida en la isla y algunas nuevas aventuras. En este texto, Defoe presentaba un prefacio escrito por el mismo náufrago en que éste reclamaba:

**Hay un hombre vivo, y sobradamente conocido, cuyas acciones en la vida forman el tema de estos volúmenes, y al cual toda la historia, o su mayor parte, alude de forma directa; de la veracidad de esto que digo podemos fiarnos, y por eso pongo mi nombre por garantía. (162)**

De esta forma, Defoe busca sellar lo que Lejeune llama el *pacto autobiográfico*, el contrato entre autor y lector, mediante el cual aquél afirma la veracidad del relato y la equivalencia de la historia presentada con la propia. Se cumple, pues, un tipo de pacto específico: el novelesco, dado que el autor no coincide con el del personaje: “la naturaleza ficticia del libro queda indicada en la página del título: la narración autodiegética es atribuida en ese caso a un narrador ficticio.” (67) Luego agrega algo que resulta muy positivo para la investigación que realizamos: “Este caso debe darse con poca frecuencia y no se me ocurre ningún ejemplo” (67) Podemos ir en ayuda de Lejeune y señalar que *Robinson Crusoe*, es una narración donde este pacto se confirma. Podríamos seguir agregando elementos, para discutir las tesis de Lejeune, pero finalicemos este punto con los aportes de Percy Adams, quien en *Travel Literature and the Evolution of the Novel* (1983) realiza un acucioso rastreo en fuentes inglesas del XVII y del XVIII que le permiten demostrar que el naufragio como tema, antes de Robinson Crusoe, ya había sido abordado por diversos autores inspirados muchas veces en casos reales. Las historias de náufragos solitarios eran conocidas y populares. El año 1712, Woodes Rogers, publica *The Cruising Voyage round the World* en que relata sus viajes a bordo de un barco llamado *Duke*. En este libro, se cuenta la historia de Alejandro Selkirk, náufrago escocés que permaneció cuatro años solo en la isla que hoy lleva su nombre, al sur del pacífico. La segunda edición del libro a cargo de Edward Cook, destaca en su título la presencia de la historia de Selkirk. Un año después, aparece un escrito anónimo titulado *Providence Displayed or a surprising Account of one Mr. Alexander Selkirk*. Por el mismo tiempo, Richard Steele dedica todo el capítulo 26 de *Guardian* a Selkirk.

**Defoe himself, so busy with others matters at the time, gave no immediate attention to Selkirk; but in 1719, the year after the second edition of *A Cruising***

***Voyage, he published his own famous story of a fictional desert-island castaway... (127)***

Otros antecedentes de este tipo de relatos circulando son: los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca del año 1542; la historia de Pedro Serrano, contenido en los *Comentarios Reales* (1609) del Inca Garcilaso, traducida al inglés el 1688 por Paul Rycout; en 1681 se publica *A New Voyage round the World*, de William Dampier, donde se cuenta la historia de Will, indígena náufrago encontrado solo en una isla desierta por el autor del texto en sus viajes marítimos; en 1681 también, Robert Knox publica *An Historical Relation on the Island Ceylon*, donde cuenta sus 19 años de cautiverio en esa isla. Y estos son sólo algunos miembros de una lista que debe ser mucho más larga, que permite demostrar que tiene que haber existido una fuerte noción de realidad en los lectores europeos de la época, respecto de los relatos de naufragios, dado que estos eran parte de las posibilidades que la vida en altamar ofrecía, de manera que el *Robinson Crusoe*, podía, perfectamente y no sólo por sus cualidades narrativas, ser considerado un relato verídico. Retomaremos este último punto cuando revisemos aspectos de la sociedad inglesa que conformaba el público lector de Defoe, pues esta forma de presentar su novela, obedece a la intención de acercarse más a ellos, de presentarles un relato más creíble.

Los siguientes puntos que Lejeune aborda, ahondan en la discusión que hemos presentado sobre la relación entre el autor, el narrador y el relato. Sobre la vida individual y la historia de una personalidad entra en especificaciones sobre la verosimilitud de lo representado, sobre lo que él denomina *identidad* y *parecido*, es decir, si el relato es real o parece real. Para dilucidar este último punto sería necesario volver una vez más sobre antecedentes ya revisados: Robinson narrador y Daniel Defoe autor, defendiendo la veracidad de su texto. Asimismo, el punto cuatro sobre la posición del narrador queda fácilmente esclarecido pues ya sabemos que la identidad del narrador y el personaje principal son una sola cosa, así como se confirma una perspectiva retrospectiva de narración, no sólo en la relación de algo vivido en un pasado, sino también por el pretérito perfecto, forma principal de los verbos en el relato.

Ahora bien, podemos preguntarnos todavía por la elección de este género narrativo, por su utilización. Lejeune propone las categorías recién trabajadas en el marco de 200 años de literatura, partiendo en 1770. Advierte que esto no significa que antes de esa fecha no existieran autobiografías, sino que es sencillamente el espacio al cual mejor corresponde sus propuestas. Si el *Robinson Crusoe* fue publicado el año 1719, estamos hablando de 50 años en los que este género habría de consolidarse. Mijail Bajtín, explica que en el nacimiento de todo género literario (*género secundario*, en su terminología) hay una reelaboración de los enunciados propios de los grupos sociales (*géneros primarios*):

***Los géneros discursivos secundarios (complejos) –a saber, novelas, dramas, investigaciones científicas de toda clase, grandes géneros periodísticos, etc.- surgen en condiciones de la comunicación cultural más compleja, relativamente más desarrollada y organizada, principalmente escrita: comunicación artística, científica, sociopolítica, etc. (...) Los géneros primarios que forman parte de los géneros complejos se transforman dentro de estos últimos y adquieren un carácter especial: pierden su relación inmediata con la realidad y con los enunciados reales de otros...(250)***

Siguiendo este razonamiento, nos queda preguntarnos por cuáles vendrían a ser estos géneros primarios reelaborados y por su elección. Eberhard Kreutzer en su trabajo

sobre la novela inglesa ilustrada<sup>5</sup>, aporta valiosamente a esta discusión. Tras explicar brevemente un proceso de consolidación de la clase burguesa en el marco de las transformaciones económicas y comerciales que Inglaterra experimentaba, señala las consecuencias culturales que esto habría de tener:

**...El incremento del tiempo libre en el seno de la burguesía acomodada, sus reivindicaciones culturales, sus necesidades de diversión y de educación y sus propios intereses en una realidad multiforme no hicieron sino favorecer la afirmación de la novela. Desde la extrema situación de riesgo de los empresarios de ultramar, hasta la esfera privada de la mujer en el ámbito doméstico, tomaron Defoe y Richardson diversos temas de actualidad e hicieron sus ficciones con ayuda del modelo de interpretación más cercano al público... (206)**

Y este “modelo de interpretación más cercano al público” del que se habla, no es sino la reproducción textual de las formas del diario de vida y la epístola, habituales al hombre de la época. En la forma narrativa de *Robinson Crusoe* se alterna un afán de contar, propio de un relato de ficción convencional, con el relato de un diario personal, profuso en reflexiones que buscan la comprensión de un estado interno. De acuerdo a lo señalado por Bajtín, las formas del diario y la epístola vendrían a constituir géneros discursivos primarios al darse en el contexto de la comunicación cotidiana e inmediata. Su inclusión en el marco de un relato de ficción, condicionado por nuevas necesidades comunicativas, le da a éste la categoría de género discursivo secundario, pues en él estamos frente a una reelaboración de una forma original. Esta vendría a ser precisamente la intención de Defoe: construir un narrador que pueda hacerse cercano y reconocible para sus lectores, un hombre real. Por ello también la insistencia en defender a su personaje cuando se dudó de su existencia y también el parentesco con Alejandro Selkirk. Ian Watt (1996) se refiere a esta condición de *hombre corriente* de Robinson, a propósito de sus actividades en la isla, y luego presenta una reflexión de Samuel Taylor Coleridge al respecto:

**De haber dado (Defoe) a su Robinson Crusoe cualquier clase de afán por la historia natural (...) y de haberle llevado a descubrir ciertas cualidades y usos de las plantas de la isla, que para él eran previamente desconocidas, o incluso una afición por la descripción de las aves, etc., muchas páginas e incidentes sin duda deliciosos habrían venido a enriquecer el libro, pero en tal caso Crusoe habría dejado de ser el representante universal del hombre, la persona por la cual todos los lectores podrían cambiarse sin pensarlo. Muy al contrario, en el libro no se hace, no se piensa, no se sufre ni se desea nada, al margen de lo que cualquier hombre corriente puede imaginarse haciendo, pensando, sufriendo, sintiendo o deseando.**

El mismo Coleridge, agrega Watt, señala que esta *universalidad* de Robinson responde al hecho de que el náufrago vive para satisfacer día a día sus necesidades básicas de alimento, vivienda y bienestar. Es, por lo tanto, fundamentalmente práctico, no habiendo presencia de un quehacer de otra índole, científica o intelectual, por ejemplo, ni en su discurso, ni en sus acciones.

Hasta aquí, hemos descrito la persona de Robinson en base a las características del relato en que se inscribe su historia y esto nos ha permitido comprender la naturaleza genérica de la obra. Hay, en torno a esto, otra discusión de sustancial importancia,

<sup>5</sup> Kreutzer, Eberhard. “El nacimiento de la novela en Inglaterra” *Historia de la literatura. Ilustración y Romanticismo 1700-1830*. Volumen Cuarto. Madrid: Ediciones Akal, 1992.

propuesta por Ian Watt en su texto *The Rise of the Novel* del año 1959. En éste, instala a la obra en una problemática mayor, que aquí comentaremos brevemente: el nacimiento de la novela como género. Si bien este punto va más allá de los objetivos que aquí nos hemos planteado, su revisión se hace necesaria en la medida en que la descripción de este género en nacimiento contribuye a la descripción del *focalizador* en un punto fundamental: la cuestión sobre el individualismo. La tesis central de Watt es que la novela experimenta su origen formal y temático en la literatura inglesa del XVIII, debido a que la literatura buscaba cada vez más la relación de historias individuales de hombres y mujeres comunes. No reyes, no dioses, sino hombres de carne de hueso.

La novela nace, según Watt, bajo la forma de *formal realism*, realismo formal, lo que coincide con las condiciones del relato autobiográfico, antes descritas. Hay una intención de representar lo real en la ficción narrativa y se aplicaron métodos para alcanzar ello.

Parte identificando esta *novela realista* desde un punto de vista temático, planteando una reflexión similar a la de Erich Auerbach en *Mimesis*. Éste, aborda el fenómeno del realismo pero en Francia a propósito de Stendhal, Balzac y Flaubert, es decir, por lo menos 100 años después del caso inglés. No obstante la distancia cronológica, ambos autores están apuntando a objetivos similares. Dice Auerbach:

**“Al convertir Stendhal y Balzac a personas cualesquiera de la vida diaria, en su condicionalidad por las circunstancias históricas de su tiempo, en objetos de representación seria, problemática y hasta trágica, aniquilaron la regla clásica de la diferenciación de niveles, según la cual lo real cotidiano y práctico sólo puede encontrar su lugar en la literatura dentro del marco de un género estilístico bajo o mediano, es decir, como cómico-grotesco, o como entretenimiento agradable, ligero, pintoresco y elegante (522)**

Si bien la reflexión de Auerbach se enmarca en el desarrollo de una teoría sobre las formas de representar a las clases sociales en la literatura a través de la historia de occidente, y no en un trabajo de caracterización de géneros, es coincidente con Watt en la medida en que ambos reconocen bajo el nombre de *realismo* a la literatura que se concentró en personas cualesquiera de la vida diaria, en un marco histórico definido y anunciado al lector, para así promover una nueva complicidad con éste, basada en los hechos y lugares compartidos. Así como Julián Sorel en *Rojo y Negro* (1830) de Stendhal, evoca en sus reflexiones la figura de Napoleón, Robinson nos comunica, al principio de la obra, sobre su hermano: “teniente coronel de un regimiento de infantería inglesa en Flandes, que mandaba el célebre Luckart, fue muerto en la batalla de Dunkerque, contra los españoles” (1), ocurrida el año 1639 (Robinson nació el año 1635). Al ser publicado el Robinson Crusoe el 1719, todavía debe haber habido recuerdos sobre aquella batalla entre muchos ingleses. Watt, no obstante, hace énfasis en otro aspecto de lo referido por Auerbach, el que tiene que ver con las “personas cualesquiera”. Destaca de las novelas inglesas del XVIII el haber insertado a hombres y mujeres comunes y corrientes en sus temáticas, ampliando y complejizando las posibilidades de representación; el desarrollo de los espacios cotidianos de la realidad de la burguesía y la posibilidad de hacer de todos sus personajes héroes de novela: Fanny Hill es la hija de unos campesinos; Robinson Crusoe, era un sujeto que básicamente obedecía a sus impulsos de adentrarse en el mar; Pamela es una mujer completamente normal que se ve envuelta en procesos de cambio social (al respecto es igualmente señero el análisis de Auerbach sobre *Rouge et Noir* de Stendhal); todos seres normales aquejados por problemas habituales y reconocibles. Cabe agregar a esto, una intención de la narrativa inglesa dieciochesca que Watt destaca al relacionar su idea de *realism* con la de *low life*. En su búsqueda de veracidad, este realismo inglés busca internarse particularmente en

los sufrimientos y en la miseria humana, desentrañando y exponiendo en sus personajes, los conflictos morales que aquejan a toda una sociedad. Y esto se presenta a través de la forma: “the novel’s realism does not reside in the kind of life it presents, but in the way it presents it” (1959:11).

La exposición posterior de Watt va por partes y se inicia considerando el correlato filosófico de las obras en cuestión<sup>6</sup>, en el marco de una nueva comprensión y valoración de la idea de *individualismo*. Señala que el método de la novela “has been the study of the particulars of experience by the individual investigator, who, ideally at least, is free from the body of past assumptions and traditional beliefs” (1959:13), es decir, una epistemología fundada en la persona individual en tanto investigadora de la realidad. Esta última, articulada principalmente en la concepción de Defoe y de los otros novelistas ingleses, a partir de la doctrina de John Locke, muy reconocida e instalada en la forma de pensar inglesa del XVIII, quien defendió una nueva forma de comprender el *conocimiento*, renovando, junto al francés Descartes el discurso y el panorama filosófico europeo. La relación que hace Watt, en este sentido, es sumamente atinente, pues hay un reflejo de las ideas de Locke en las formas de actuar y pensar de Robinson. En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke aborda, precisamente, la naturaleza del conocimiento, gestado por el pensamiento humano que reacciona a un entorno. Y esto último es lo fundamental. El hecho de que no haya ningún otro origen para el conocimiento y el pensamiento que el entorno, la realidad, cuya relación con el hombre va enriqueciendo la experiencia, fuente única del pensar:

***Las ideas –en acepción amplísima del término, que comprende todos los objetos del pensamiento- se originan unas en la sensación y otras en la reflexión; la experiencia es la fuente que proporciona todos los elementos con los cuales trabaja la mente. (Romero, 156)***

La cognición es algo interno, personal y es un proceso, un desarrollo en el tiempo, en la reflexión personal que entiende y ordena la información que los sentidos le van otorgando. Esta última, es la máxima fundamental del empirismo, doctrina que caracteriza el quehacer filosófico inglés ya desde Bacon, en el siglo XVI. En esta percepción del sujeto, surgen pues, las ideas:

***Conocer es percibir con la mente el acuerdo o desacuerdo entre algunas de nuestras ideas; tal percepción es el fundamento de toda certeza o evidencia, y si no ocurre, habrá un imaginar o un conjeturar, pero no un conocer. (158)***

Toda esta información, resulta muy abstracta para ser directamente aplicada a la novela. No obstante, de estas máximas, derivan comportamientos centrados en una doctrina de la acción, del hacer, de involucrarse activamente con el mundo, pues es la única forma de *conocerlo*. Para Locke, el conocimiento es una capacidad limitada, que jamás logrará ingresar en muchos aspectos de la realidad (por ejemplo, la esencia de las cosas), sin embargo, ésta ofrece igualmente un número de cosas suficientemente grande como para mantener ocupado al ser humano. Y esta última es, precisamente la actitud de Robinson frente a la realidad que le rodea, a la que se toma el tiempo de observar y comprender, para luego, incesantemente actuar e incidir sobre ella. Por ello apunta Watt una idea nueva de la individualidad gestada en esta filosofía y que caracteriza a la novela de Defoe; para el teórico inglés, la novela es el vehículo en que la civilización occidental ha podido desarrollar

---

<sup>6</sup> Para una revisión de este punto, se recomienda: Romero, Francisco. *Historia de la Filosofía Moderna*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959. Una visión más profunda y enfocada en la historia de la filosofía en, Cassirer, Ernst. *Filosofía de la ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.

un inusitado aprecio por la originalidad, por la voz individual, es decir, que representa una suerte de concreción e ilustración de estos principios y los moviliza llevándolos a la más esencial cotidianidad en sus relatos. Esto hace de *Robinson Crusoe* una suerte de paroxismo de esta condición, pues al narrador en primera persona se agrega el hecho de que éste está completamente solo, es el único individuo presente en gran parte de la novela. Al comenzar el capítulo siete, el naufrago nos relata:

***Comencé a observar el movimiento regular de cada estación lluviosa o seca, y aprendí a preverlas y a tomar las precauciones necesarias; pero ese estudio me costó caro, y lo que voy a referir es una de las experiencias que me desanimó más. He dicho ya que había conservado un poco de cebada y arroz que había crecido de un modo casi milagroso...creí que pasada la estación de las lluvias sería el momento propicio para sembrar... (53)***

Podemos imaginar cómo termina el relato. Sin embargo, lo importante de rescatar aquí, es la forma en que se despliega un proceso cognitivo desde el yo: no hay maestros, no hay referentes; hay una observación y una reflexión personal, en un proceso en que se aprende del error. Y este tipo de “descubrimientos” son profusos en la novela y constituyen la forma de aprehender el mundo que ésta propone.

Otro elemento que destaca Watt en su exposición, pero que no ofrece mucha más información sobre nuestro focalizador, más allá de realzar una vez más su *individualidad*, es la originalidad en las tramas que empezaron a urdirse. El relato literario no buscaba ya sus motivos en la tradición cultural ni en los grandes hechos históricos, sino que nacía de la vida misma de personajes sin nada en especial, en relación a los hombres de su época. En este mismo plano se inscribe también la siguiente apreciación sobre los nombres de los personajes del nuevo género: Robinson no es un nombre cargado simbólicamente. Al comenzar la novela, Robinson habla sobre su nombre, explicando por qué se llama él así:

***...donde casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson, una de las mejores del condado. De ahí se deriva mi nombre de Robinson Kreutznauer, transformado luego, por una corrupción muy común en Inglaterra, en el de Crusoe, con el cual se llama y se firma hoy mi familia y aun yo mismo” (1)***

Negando así de plano cualquier eventual misterio que en torno al nombre se pueda construir.

Vuelve luego sobre la problemática filosófica, en relación al rol que tiempo y espacio juegan dentro de la novela. Este, es un elemento fundamental, explica, dado que el personaje es muchas veces concebido a través del tiempo, donde lo que importa es la evolución que experimenta. Esto se relaciona altamente con el marco filosófico presentado por el autor, donde se defienden procesos de aprendizaje y recepción de la realidad, contruidos sobre la más estricta individualidad: empirismo puro. Explica Watt que la filosofía de Locke concibe la identidad como la conciencia de la duración en el tiempo, a través de la memoria del pasado y de las acciones realizadas. En este sentido:

***The novel’s plot is also distinguished from most previous fiction by its use of past experience as the cause of present action: a causal connection operating through time replaces the reliance of earlier narratives on disguises and coincidences, and this tends to give the novel a much more cohesive structure.” (1959:22)***

Este plano filosófico o ideológico, repercute en aspectos estructurales de la novela, constituyendo un relato de causa-consecuencia; lo que sucede es fruto de lo que se ha



hecho, y no en un sentido moral o de determinación metafísica de los acontecimientos donde al crimen corresponde el castigo, sino en un sentido práctico. Esto deriva en una narración estrictamente lineal. En este sentido, la estructuración de los hechos se sucede al mismo ritmo que se suceden los días. Esto toma la forma en el relato de un discurso ético sobre el progreso, dado que Robinson puede (y lo hace) estar cada vez mejor, en un camino del personaje hacia la consolidación de su estilo de vida.

***En un principio carecía de arado para abrir la tierra, luego de azada para labrarla; la pala de madera, de la cual he hablado ya, me servía entonces, pero de un modo muy imperfecto. A pesar de haber empleado muchos días en hacerla, como no estaba guarnecida de hierro, se estropeó pronto (...) Hasta que el grano se convirtió en hierba, luego en espigas, y finalmente sazonó, ¡cuántos cuidados no fueron necesarios para cercarlo, preservarlo, segar, secarlo, transportarlo, trillar, acharlo y guardarlo! (...) Mi grano me procuró un bienestar inapreciable, y fue para mí un precioso recurso.” (59-60)***

Este tipo de procesos se repiten en el libro. Prosigue Watt, señalando la necesidad de igualar este fenómeno temporal con uno espacial, como dos correlatos esenciales. Señala, en este sentido:

***Defoe would seem to be the first of our writers who visualised the whole of his narrative as though it occurred in an actual physical environment (...) Characteristically, this solidity of setting is particularly noticeable in Defoe’s treatment of movable objects in the physical world: in Moll Flanders (1722) there is much linen and gold to be counted, while Robinson Crusoe’s island is full of memorable pieces of clothing and hardware. (1959:26)***

Este último aspecto es, en principio más difícil de retratar, pues alude a un hecho tan natural como el nombramiento de las distintas cosas que rodean el espacio del personaje; sin embargo, es a eso precisamente a lo que Watt se refiere, a la forma en que estos distintos elementos están presentes dentro del mundo de Robinson y, por lo tanto, cómo éste se configura. Los objetos y el entorno son presentados de una misma manera que destaca por un desinterés de hacer una descripción sensitivamente rica, en beneficio de una descripción directa y práctica. Al llegar Robinson a la isla, tras ser arrojado por las olas, sus palabras no buscan comunicar las características del entorno:

***Después de haber consolado mi espíritu con la idea de que mi situación era todavía soportable, comencé a mirar en derredor mío para saber dónde me hallaba y resolver lo que había de hacer... (24)***

Su intención no es entregar detalles de ningún tipo, sino solamente dar cuenta directa y efectiva de su situación, de su estado:

***Todo lo que poseía se reducía a muy poco: un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco en una cajita” (24)***

El espacio de Robinson, es el espacio de sus acciones, la posibilidad de llevarlas a cabo y los instrumentos para ello. Cualquier otro tipo de información es prescindible. De esta forma, se logra lo que destaca Watt, un aquí y un ahora claramente definidos, en ningún momento sometidos en su presentación a las ambigüedades y azares de la conciencia personal del individuo que los percibe, sino presentados en su inmediatez y su concreción.

Estos cinco elementos y su presencia en conjunto dentro de esta narrativa inglesa del XVIII, vienen a conformar para Watt una categoría, que él denomina *Formal Realism*, en la germina la novela moderna. Es importante destacar la importancia de la presencia

en común de estos componentes para la identificación del género, dada que la definición se hace también desde la oposición: la ausencia de estas características en otras manifestaciones, marca igualmente la pauta. Defoe y Richardson no vinieron a *inventar* el género, sino que la aplicación que hicieron de estos principios en la búsqueda de una comunicación más íntima con el lector, constituyen en definitiva la importancia de estos autores:

***the historical importance of Defoe and Richardson therefore primarily depends on the suddenness and completeness with which they brought into being what may be regarded as the lowest common denominator of the novel genre as a whole, its formal realism. (34)***

De acuerdo a Bajtín, podemos hablar de la constitución de un género discursivo, que reelabora géneros primarios y forma desde ellos una nueva forma de comunicar. Esto, en el marco de los cambios experimentados por la sociedad inglesa del XVIII, que implicó cambios en los lectores y en la naturaleza del ejercicio narrativo.

Para finalizar con la descripción del focalizador de esta novela, debemos considerar aún otro elemento abordado por Watt en relación a los discursos de la época que funcionan dentro de la obra y que sirven de antecedentes para explicar la visión de mundo que narrador y novela despliegan. Este último elemento es el auge del capitalismo en la conciencia europea del XVIII. Abordaremos éste, tal como Watt lo entiende, procurando así no extendernos innecesariamente.

El último punto visto anteriormente sobre la presencia de espacio y tiempo en la novela, introduce esta problemática, en la visión de las cosas materiales y del progreso, respectivamente.

En el tercer capítulo de *The rise of the novel*, Watt explica que el individualismo en Robinson Crusoe adquiere su forma, no solo desde los principios ya descritos, sino fundamentalmente desde una concepción económica en que el nuevo orden ya no se sostiene sobre instancias colectivas, sino sobre la figura del individuo: “he alone was primarily responsible for determining his own economic, social, political and religious roles” (1959: 61) Esto constituye la imagen del denominado *homo economicus*, modelo con el que Watt designa a Robinson. Lo fundamental de la caracterización que habrá de proponer en torno a esto, es concebirla dentro del inusitado contexto en que se desarrolla la historia del personaje: un hombre solo en una isla.

Lo primero que señala en torno a esto, es que Robinson, dentro de la isla, siempre lleva cuenta de sus pérdidas y sus ganancias financieras: de esta forma se relaciona con las cosas de su entorno. “Book keeping” se llama esto y lo vemos en la manera en que una y otra vez tiene especial cuidado en nombrar las cosas que posee o encuentra. Cuando rescata utensilios del barco naufragado:

***Todos los días iba, pues, a bordo en marea baja, y traía ya una cosa, ya otra; la tercera vez que fui me llevé todos los aparejos, todas las cuerdas, una pieza de lienzo destinada a reparar el velamen, y el barril de pólvora que se había mojado (...) al quinto o sexto viaje, en el momento en que creía que nada había en el buque que valiese la pena, encontré aún un gran barril de galletas, tres buenas pipas de ron y de aguardiente, una caja de azúcar y un tonel de harina (...) el duodécimo viaje el viento empezó a levantarse, lo cual no me impidió volver a bordo al bajar la marea; y aunque había registrado bastantes veces la cámara del capitán, descubrí entonces, sin embargo, un armario guarnecido de cajoncitos,***

**en uno de los cuales encontré dos o tres navajas de afeitar, unas tijeras grandes y diez u once cuchillos con otros tantos tenedores; en otro cajón encontré unas treinta y seis libras esterlinas en moneda de Europa y del Brasil, parte en oro, parte en plata, y entre otras algunas piezas de a duro (29-30).**

Lo singular es la especial atención que pone en nombrar y enumerar estos elementos, haciéndolos parte importante de su discurso y estableciendo una relación estrictamente práctica con ellos, dándoles la forma de un capital acumulable.

Otro aspecto destacado por Watt es la relación contractual que establece con los otros personajes. Hacia el final de la novela, “when others arrive on the island he forces them to accept his dominion with written contracts acknowledging his absolute power” (1959:64). En el capítulo XI de la novela, al rescatar al capitán que estaba prisionero en su isla tras un motín, le propone un singular intercambio por la ayuda prestada:

**Bueno –dije-; he aquí mis dos condiciones: Primera, mientras permanezcáis en esta isla no pretenderéis tener en ella autoridad alguna; si os doy armas, me las devolveréis cuando yo os las pida; no haréis ningún daño ni a mí ni a los míos, y obedeceréis en todo a mis órdenes. Segunda, si el buque se puede recobrar, me transportaréis con mi sirviente, gratuitamente, a Inglaterra. (126)**

Este tipo de acuerdo se prefiere al de la sola palabra, estableciéndose una relación entre los individuos regulada con anterioridad, y no construida sobre la base de la convivencia. Una conciencia planificadora y práctica se traduce en esta actitud.

A continuación, señala la relación de Robinson con su familia, a la que abandona tempranamente (antes de los 20 años ya había iniciado su vida de navegante) y de la que se desligó completamente una vez que llegó a Brasil. Esto responde, explica a Watt, a que este desvinculamiento implica una mejora de las condiciones económicas, en la medida en que ahora sólo debe preocuparse de sí mismo, por una parte, y posee más libertad de acción, menos compromisos, por la otra.

Las relaciones sociales son otro punto que llama la atención. Señala Watt que en el texto, “emotional ties, then, and personal relationships generally, play a very minor part on *Robinson Crusoe*, except when they are focussed on economic matters” (1959:70). Sobre esto trabajaremos detalladamente en el segundo capítulo del trabajo cuando revisemos la relación con Viernes, su criado indígena, pero aquí podemos referirnos a la ausencia de sexo en toda la novela. Éste, explica Watt, es considerado, bajo la óptica capitalista del texto, una amenaza para el control personal del hombre. Robinson no habla ni piensa en mujeres durante su soledad, y tampoco expresa ningún interés de este tipo en Viernes.

Sobre este discurso capitalista, se concibe igualmente la imagen del naufrago:

***Crusoe’s career is based (...) on some of the innumerable volumes which recounted the exploits of those voyagers who had done so much in the sixteenth century to assist the development of capitalism by providing the gold, slaves and tropical products on which trade expansion depended; and who had continued the process in the seventeenth century by developing the colonies and world markets on which the future progress of capitalism depended. (67)***

Concluimos con esto la primera parte de este trabajo, donde desarrollamos la figura del focalizador del relato. Sintetizando lo realizado, podemos señalar que la novela es la autobiografía de Robinson Crusoe, en que éste nos relata los 35 años de soledad vividos en la isla del pacífico sur a que fue a naufragar. Por otra parte, este relato se constituye a partir de los principales discursos de la ideología británica del siglo XVIII, centrados en una

nueva concepción del individuo, fruto de los cambios profundos que la realidad económica inglesa experimentaba.

A continuación, en el segundo capítulo, nos referiremos a la forma en que este sujeto focaliza, a la forma en que se presenta el mundo percibido, centrándonos para ello en la relación que se hace de la figura del indígena dentro del texto. En esta parte, abordaremos también la hipótesis de trabajo que presentamos en un principio y trataremos de demostrar que no había espacio dentro de este discurso para el indígena y por ello la imagen que de él se presenta es impersonal y poco verosímil, demostrando una ignorancia e indiferencia considerables sobre los hombres que habitaban el fértil y provechoso suelo americano.

# Capítulo II: El objeto focalizado. La visión sobre el indígena en *Robinson Crusoe*

## 1. La visión sobre el indígena en *Robinson Crusoe*

Dos formas adquiere el indígena dentro de esta novela: una colectiva y otra individual. La colectiva reúne en sí, o agrupa, una serie de connotaciones negativas derivadas de la premisa central del otro como un salvaje, como un incivilizado. Eso lo hace, en conjunto, un grupo de seres amenazantes, cuya presencia aterriza a Robinson. Mientras que la imagen individual es buena, es serena y sumisa, es agradecida y servicial. No hay, pues, una alternativa para el indígena, una posibilidad de superar aquellos dos estereotipos que, el uno, lo ven desde la ignorancia y el estigma, y, el otro, lo ven en una posición necesariamente inferior, ontológicamente distinto. Se justifica esta división metodológica desde la misma hipótesis que hemos presentado, pues las formas de representación del indígena son bastante rígidas, fruto de la ignorancia sobre ellos que el texto demuestra poseer.

En relación a la propuesta metodológica de Mieke Bal, que aquí hemos adoptado, las preguntas planteadas con anterioridad sobre el objeto de focalización, se verán respondidas a medida que avancemos, pues iremos develando progresivamente las implicancias de la forma en que se presenta el relato.

## 2. Imagen Colectiva

Podemos partir rastreando la problemática indígena desde el “episodio de la huella”. Éste, comenzando el capítulo IX, dice así:

***Llegué por fin a otra escena de mi vida. Un día, cerca del mediodía, cuando iba a visitar mi canoa, me sorprendí de una manera extraña al descubrir sobre la arena la reciente huella de un pie descalzo. Pareme de repente, como herido de un rayo o como si hubiese visto alguna aparición (...) Después de innumerables y agitados pensamientos volví a mi fortificación como un hombre extraviado, no sentando el pie, como vulgarmente se dice, en la tierra que pisaba. Aterrorizado por el miedo... (77-78)***

Al comienzo, Robinson piensa que aquella pueda ser una huella dejada ahí por Satanás para asustarlo y escarmentarlo. No puede conciliar el sueño pensando que así es, sin embargo, ¿por qué habría el Diablo de asustarlo de esa forma?, ¿no le sería acaso más fácil, simplemente presentarse ante él o más cerca de su morada? En la mente de Robinson se despliega toda una batalla lingüística fascinante al producirse un quiebre entre significante y significado: la huella es puro significante, es sólo una concreción

cuyo significado no se puede resolver, no se puede fijar. Las disquisiciones continúan, e inmediatamente después del diablo en la jerarquía de cosas terribles están los *salvajes*:

**...mas entonces se me ocurrió una idea más espantosa quizá: la de que los salvajes del Continente, arrastrados por el viento o las corrientes se habrían visto precisados a arribar a aquella desierta costa, y que se habrían vuelto a marchar porque tendrían tan pocas ganas de permanecer en ella como yo de verlos (...) Después me vino a la imaginación la terrible idea de que mi canoa había sido descubierta por aquella gente, y hecho conocer que en aquel lugar había habitantes; que entonces volverían ciertamente, en mucho mayor número, para devorarme, y que, si escapaba a sus pesquisas, encontrarían a lo menos mi cercado, destrozarían mi cosecha, se llevarían mi ganado y me reducirían a morir de hambre (78-79)**

Hasta este punto, la imagen que se presenta desde la voz de Robinson, de los indígenas es completamente negativa. Son peligrosos, sanguinarios, revoltosos y habrán de hacerle mal sí o sí. Estos salvajes a los que Robinson teme son asociados con el canibalismo, con la posibilidad de que se lo coman. Podemos ver, a partir de esto, cómo la imagen del caníbal en la conciencia de Robinson es altamente mítica, en la medida en que no dista mucho de la que venía presentándose desde la antigüedad clásica. En *La caída del hombre natural* (1982), Anthony Pagden hace una rápida enumeración de estos:

**Los antropófagos, como se les llamaba antes del descubrimiento de América, han desempeñado un papel importante en la descripción de las culturas no europeas desde que los primeros griegos se aventuraron en el Mediterráneo occidental. Polifemo y los lestrigones que devoraron a la tripulación de Ulises, los aqueos y los heniocos, que vivían en las costas del Mar Negro, los masagetas y los padeans de la India, los famosos antropófagos de Plinio, incluso los antiguos irlandeses y los “escoceses” cuyo comportamiento narró San Jerónimo en detalle, se pensaba que todas esas razas, por nombrar sólo algunas, poseían un apetito insaciable de carne humana. (118)**

La lista es, como podemos apreciar, extensa y fue, con el correr de los siglos ampliándose. Con la llegada de Colón a América, los indios pasaron rápidamente a engrosar estas filas:

**El 4 de noviembre un grupo de amables arauakos le dijeron a Colón que en una isla del sur vivía una raza denominada “caribes” –de aquí el término canibalismo-, “los que comían los hombres”. (119)**

Colón no hizo sino actualizar el mito, instalando desde entonces en adelante la asociación entre indio y caníbal. Doscientos años después, la novela de Daniel Defoe sigue reproduciendo estos modelos: Robinson es receptor y portador de este tipo de saber y no de uno ilustrado o lector, que matice la discusión sobre la posibilidad de que un grupo de indios se lo coma. Él ha pasado gran parte de su vida en el mar y compartido con marinos, por lo que se entiende que esté expuesto a relatos ya ancestrales en la cultura europea sobre hombres que devoran hombres. Explica Claude Kapler en su texto sobre *Monstruos, Demonios y Maravillas a fines de la Edad Media* (1980):

**Los viajeros que se encuentran con el canibalismo no se plantean, claro está, cuestiones de etnología o de historia de las religiones: el canibalismo es, a priori, un vicio monstruoso, y los dichos viajeros se reafirman en su opinión teniendo**

***en cuenta que los antropófagos figuran desde la Antigüedad en el catálogo de los monstruos (188)***

En un espacio cognitivo dominado por el miedo no hay lugar para una comprensión más atenta, más detenida del fenómeno. Pues explica Kapler que existen varios tipos de canibalismo, abordados por Mircea Eliade<sup>7</sup>: uno religioso, asociado a culturas vegetarianas y uno de valor iniciático, entre otros más. Nada de eso cuenta para el pobre y atemorizado Robinson, en cuyo comportamiento se refleja, pues, una actitud frente a la mitología marina que, por mucho que él la resuelva de manera práctica al mejorar sus defensas y andar armado, es el temor ante lo desconocido. En este sentido, no hay en *Robinson Crusoe*, ningún tipo de relativismo valórico como el que expone Tzvetan Todorov a propósito de Montaigne, en *Nosotros y los Otros* (1991): las cosas son claras desde la oposición diametral de dos realidades: él es uno e indefenso, y bueno; mientras que los otros, los indios, son muchos y malos pues pueden querer hacerle daño. Por qué hablamos de Montaigne, porque él abordó la problemática de los caníbales<sup>8</sup> en un ensayo donde hizo un esfuerzo por enfocar el problema de estos, a partir de su propia práctica cultural, es decir, desde códigos no occidentales. Dice Todorov:

***Lo mismo se puede decir acerca del canibalismo, que es el que le proporciona el título a su (Montaigne) ensayo. Esta práctica no es más que el resultado del espíritu guerrero de los indios, el cual, por tanto es indiscutiblemente una cualidad. Comerse al prójimo ciertamente no es una actividad meritoria, pero no deja de tener una excusa: lejos de ser una prueba de bestialidad, forma parte de sus ritos. (61)***

Volvamos al texto, pues la imagen del caníbal, se sigue construyendo. Un día que Robinson caminaba por su isla, años después del incidente de la huella, cree divisar en el horizonte una barca que se aleja. La distancia es tal, que no puede estar seguro de lo que sus ojos parecen ver. Esto lo lleva a reflexionar sobre que en el fondo, no es tan improbable que alguien pasase por la isla, que, incluso más, grupos de marinos la utilizaran de vez en cuando a modo de refugio. En este punto, el narrador nos habla en tiempo verbal condicional, para referirnos algo que luego hubo de aprender:

***Y si la Providencia no me hubiese arrojado tan felizmente al sitio donde los salvajes no llegaban jamás, habría visto que las canoas del Continente arribaban con frecuencia a esa parte de la isla como refugio cuando por casualidad aquéllas eran arrastradas mar adentro. Hubiera también aprendido entonces que cuando los salvajes combaten en sus piraguas, los vencedores llevan los prisioneros a aquella costa para matarlos y comérselos, según sus costumbres horribles, porque todos aquellos pueblos eran antropófagos, como se verá bien pronto. (82)***

La última declaración de Robinson viene a confirmar lo que venimos señalando sobre su percepción de los indígenas. Cabe destacar a estas alturas algo que Todorov también señala, pero que luego desarrollaremos: todo lo que hasta ahora se ha dicho de los indígenas en el relato, se construye sin la participación de estos; ellos no tienen voz dentro de su configuración y, por lo tanto, no tienen posibilidad alguna de defensa. Pues,

<sup>7</sup> Véase Eliade, Mircea. *Initiations, rites, sociétés secrètes*.

<sup>8</sup> Aquí un detalle importante: la palabra *canibal* en español, tiene el mismo valor que la palabra *caraiibe* en francés, que vendría a su vez a equivaler a *caribe* en español. Caníbal tiene en español una connotación fuertemente negativa, sin embargo en francés es también un gentilicio.

a pesar de que Robinson habla ahora desde un presente, al parecer, informado, es decir, sabiendo de lo que habla, señala que todos aquellos pueblos eran antropófagos, generando un efecto muy fuerte en el lector; si bien sabemos que habla sólo de los indígenas que a él le tocó conocer, la contundente afirmación y el peso semántico de la palabra *todos* no dejan ninguna posibilidad de duda sobre la condición peligrosa de estos individuos, ni da lugar a discusiones. Si bien en la perspectiva de Robinson es el miedo el que domina sus palabras, Pagden asocia esta forma recurrente de enunciación sobre los indios en un sentido muy claro: “Desde la perspectiva de cuatrocientos años es bastante fácil descartar las acusaciones de canibalismo a pueblos “primitivos” como un pretexto para legitimar moralmente la conquista y la explotación” (122) Aunque Pagden esté apuntando a implicancias mayores y más complejas de los relatos sobre caníbales, no está desconociendo el nivel de *excusa* que había en estos. Este elemento se suma a otro, que responde a causas similares: “Todos los pueblos caníbales conocidos –los lestrigones, los isidones, los masagetas- han sido citados “por la historia y por los poetas” del pasado como prueba de su “fiereza e inhumanidad” (123), lo que sigue en la línea de justificar una necesidad de intervención, a favor del cambio de unas condiciones, por su maldad, desfavorables, nocivas, diabólicas<sup>9</sup>.

Continuando con la narración, en este mismo episodio, un poco más adelante, ocurre lo impensado:

***Cuando llegué, como acabo de decir, a la punta Suroeste de la isla, quedé lleno de admiración y de horror viendo la playa cubierta de cráneos, manos, pies y toda clase de huesos humanos; vi, sobre todo, en un paraje donde habían encendido lumbre, una especie de círculo en el suelo parecido a aquellos donde riñen los gallos, en el cual aquellos bárbaros sin duda debían estar colocados para su horroroso festín (...) Todos mis temores habían sido ahogados por la impresión que me causó brutalidad tan infernal y semejante terrible degradación de la naturaleza humana (82)***

El efecto visual es demasiado contundente y se suma a la impresión anterior que Robinson tenía, generando una imagen grotesca del indígena, que justifica el pavor del náufrago. Es una construcción discursiva muy simple y de efectos muy fuertes: la noción de leyenda que se tenía se concretiza en la visión de los restos de cadáveres e infernaliza sin solución al otro.

A esta altura del relato, Robinson lleva alrededor de 20 años de soledad y paralelo a todo este discurso del miedo, se va articulando el del deseo de salir de la isla, de abandonar la soledad y volver a la civilización. Ambas instancias se mezclan en un sueño que el marino tiene. En éste, que resulta ser premonitorio, ve llegar a la isla dos canoas en que un grupo de salvajes traía a otro indígena para ser devorado; sin embargo, éste logra escapar y corre a refugiarse hasta encontrarse con Robinson quien lo acoge y lo convierte en su criado. La idea entonces se fraguó en la cabeza del náufrago: habría de tomar a uno de estos salvajes y lo haría cautivo, para así obtener una mano que le ayude a concretar sus planes de abandonar la isla. Sólo necesitaba un poco de ayuda y se largaría. Hay otro motivo empujando la disposición de Robinson. A propósito de un buque que encalló cerca de su isla, dice:

***Es preciso notar que esta extraña resolución era fruto de un espíritu turbado e impaciente, excitado por una larga y continua inquietud, habiéndome decidido la esperanza de encontrar a bordo del buque naufragado lo que deseaba tan***

---

<sup>9</sup> El mismo Pagden, en el texto citado ahonda en la dimensión diabólica del caníbal.



***ardientemente: un hombre con quien hablar, que me hubiese enseñado en dónde me hallaba y cómo podría escaparme (96)***

Esto cambiar lentamente su disposición ante los salvajes: ya no les teme, ya no quiere huir a esconderse, sino enfrentarlos y hacer prisionero a uno de ellos. Es preciso señalar a esta altura de la exposición, que podemos constatar cómo en gran medida todo el discurso que venimos describiendo se construye en función de una trama que busca promover el suspenso. El tipo de novela que trabajamos, en su afán de entretener, le da al relato la forma de una aventura, donde se busca generar una tensión que vaya generando curiosidad en el lector. En este sentido, el relato de Defoe cumple con las condiciones señaladas por José María Bardavio en *La novela de aventuras* (1977), donde explica:

***La novela de aventuras es vencer una dialéctica que se opone al héroe y que fundamentalmente consiste en que a una línea del destino, definida al principio con absoluta claridad, se van levantando unos obstáculos que, también desde el principio, procuran alejar al héroe de la meta pactada con su propio destino (27)***

Con algunos matices, se presenta esto en *Robinson Crusoe*, pues si bien la intención de salir de la isla no está definida desde un principio, si lo está desde el momento en que el héroe se fija el firme objetivo de valerse de aquellas circunstancias desfavorables para escapar a su soledad y accidental confinamiento. Esta característica de la novela de aventura, cumple en este caso, como señalamos, una función textual definida, en la medida en que potencia un aspecto de riesgo que reposiciona el rol de la *acción* dentro del texto. Y esto, explica Bardavio, es la condición esencial del relato de aventura: oponer la acción a la quietud, a la contemplación. Por lo mismo, se hace difícil, hasta instancia, situar a la novela de Defoe dentro de este género, pues la acción en ella se desenvuelve en las condiciones que ya hemos señalado, en el marco del *homo economicus*.

A esta *intención de aventura* que hemos identificado, la imagen del otro presentada, es completamente funcional, pues constituye un enemigo digno de ser enfrentado y difícil de derrotar. Llega así, el momento que todos estábamos esperando, al comenzar el capítulo X:

***Año y medio había transcurrido desde que había pensado en aquellos proyectos, y tras larga meditación había resuelto abandonarlos por no tener ocasión de ponerlos en práctica, cuando divisé una mañana muy temprano cinco canoas reunidas sobre la playa hacia el lado que yo ocupaba en la isla. (97)***

Sin mucha sorpresa, Robinson comprende que son salvajes y lo que le preocupa es que son muchos más de los que él tenía presupuestado. Había, allí en la playa, por lo menos veinte o treinta hombres, lo que excedía considerablemente los cuatro o seis que él tenía en mente.

***Mirando con atención por el anteojo, vi que sacaban a dos pobres infelices de las piraguas, en donde los tenían y que los conducían a tierra para sacrificarlos. Vi al mismo tiempo caer a uno de ellos muerto, según creo, de un golpe de porra o maza, conforme a su costumbre (98)***

El segundo empieza a escapar, perseguido sólo por tres de sus captores y a Robinson le sorprender la velocidad y ligereza del cautivo.

***Entonces me convencí plenamente que la ocasión era favorable para adquirir un criado, quizá un compañero y un amigo, y que evidentemente el cielo me había elegido para salvar la vida de aquel desgraciado (98)***

Es así como Robinson logra matar a sus perseguidores, salvándole la vida. Es este el famoso Viernes, que el náufrago inglés habrá de adoptar. En este punto ingresamos, pues,

en una parte de nuestro trabajo en que podemos ver la visión construida en el texto sobre el indígena, a partir de la imagen individual de uno de ellos. Redondeemos antes, las conclusiones obtenidas sobre la visión colectiva de estos. Los caníbales constituyen en la novela, un episodio de mucha tensión e intriga, presentado con el mismo tono habitual a todo el relato, es decir, sin transformarse en medida alguna en una narración vertiginosa y acelerada. Sin embargo, cumplen este rol de suspenso, que se articula desde la imagen mítica de los indios que Padgen describió, instalada en el imaginario europeo del siglo XVIII, funcionalizada dentro del texto, y que termina por presentar al lector a un grupo de seres terroríficos, cuya eventual humanidad no se discute y que constituyen un peligro para la integridad física del personaje, al mismo tiempo que representan una amoralidad radical en sus actos, no problematizados desde ninguna perspectiva, sino simplemente presentados, de antropofagia.

### 3. Imagen Individual

Especial atención dedicamos, durante la investigación, a buscar en fuentes que aborasen el tema de la colonización, la imagen que del indígena éstas desprendían, en la creencia a priori, de que *Robinson Crusoe* se inscribía dentro de este discurso. Sin embargo, fue otra la realidad con la que nos encontramos en los textos de Peggy K. Liss y de Thomas R. Berger citados en la introducción, pues en ellos se presentaba una inesperada relación entre ingleses y sus colonias. Hubo, ciertamente, una empresa colonial fuerte en la figura de las trece colonias, que luego vendrían a confirmar la base sobre la cual nacería Estados Unidos, pero, a pesar de esto, la actitud de Inglaterra fue mucho poco paternalista, más bien despreocupada. En el capítulo que Liss dedica a las trece colonias, no se habla por ninguna parte de un contacto entre indígenas norteamericanos e ingleses. No estamos aquí desconociendo que lo hubo, sino que estamos señalando que éste no destacó entre las preocupaciones de la empresa comercial inglesa. Se habla, en este capítulo, sólo en dos ocasiones de indígenas y no deja de asombrar que ambas referencias son a propósito de individuos latinoamericanos:

***Además, en forma muy parecida a los ingleses, buen número de norteamericano-británicos cultos, que habían sido tocados por la Ilustración y por los lemas de economía política y liberalismo naciente, en sus expresiones públicas y en la prensa y las reuniones que fueron el comienzo de las sociedades cultas, mostraron una exótica curiosidad por los latinos y sus tierras, mezclada con un vivo interés comercial que había de continuar... (87).***

Todo indica que el enfoque y la preocupación inglesa sobre sus colonias se dio bajo el lente del capitalismo, cuyas máximas revisamos al describir ciertos aspectos en Robinson. La profunda consideración sobre el individuo, su autonomía y su naturaleza económica, redundaron en una actitud liberal frente a sus colonias, a las que se acudía con intención de comerciar, antes que de colonizar:

***Los lemas básicos de las relaciones con Anglo-américa quedaron establecidos en las Leyes de Navegación de 1660 y las inmediatamente posteriores, basándose en las suposiciones de que las colonias existían para proteger y estimular el comercio británico, para mantener a los extranjeros fuera de ciertas ramas y para conservar el poderío naval de Inglaterra. (21)***

Esto, en el marco de una nación inglesa que se comportaba a partir de máximas como la de Walter Raleigh: “el que manda en el comercio manda las riquezas del mundo, y por consiguiente, el mundo mismo” (Liss, 17). Por otra parte, existía en Inglaterra un discurso popular sobre la idea de Imperio y sobre la grandeza imperial de Gran Bretaña:

***La unión, efectuada en 1707, de Inglaterra y Escocia en la Gran Bretaña, junto con los logros y la expansión marítimos y mercantiles, a comienzos del siglo XVIII ya habían asociado la Gran Bretaña, en la mentalidad popular, con la grandeza imperial (18)***

Lo interesante respecto a esto, es lo que agrega sobre las colonias: “eran adhesiones al imperio, no parte integrales de él” (19).

De acuerdo a esta breve descripción presentada, se puede suponer que la concepción del indígena que de todo este fenómeno se desprende, es incierta, pues no se percibe en ninguna parte una actitud definida hacia él, como miembro de los territorios nacionales, como asunto sobre el cual preocuparse. ¿Acaso esta actitud liberal era extensiva a los indígenas? ¿Qué lugar ocupaban ellos dentro de todo este modelo que buscaba el enriquecimiento constante y progresivo? ¿Cómo abordaría esta problemática un hombre inglés de ciudad como Daniel Defoe?

Sin embargo, la revisión del texto de Albert Memmi sobre el *Retrato del colonizado* (1966) presenta una visión de colonizador y colonizado que pretende ser universal. O, al menos, global. Y en ésta nos encontramos con una descripción que se asocia satisfactoriamente a la presencia de Viernes en el texto de Defoe. Memmi, despliega una relación entre ambos actores del proceso colonial, que puede ser enfocada desde la perspectiva de Nietzsche en la *Genealogía de la Moral* quien desarrolla algunas reflexiones en torno a los roles de amos y esclavos, y su interacción, de donde podemos obtener un sustento ético para el trabajo de Memmi.

La exposición de Nietzsche se construye, estructuralmente, en una oposición entre las formas morales de cada grupo de individuos y cómo se concibe la del esclavo desde el accionar del amo. El esclavo ve nacer un cuadro moral propio en el momento en que el resentimiento se hace creador de valores, en el seno de la inacción a que está reducido, a la imposibilidad material de reclamar un equilibrio, una justicia. Aquí entra a hablar del patrón:

***Mientras que toda la moral aristocrática nace de una triunfal afirmación de sí misma, la moral de los esclavos opone desde el principio un “no”... (125)***

Dejamos hasta aquí la cita, pues lo que nos interesa de ella, es la primera parte que presente el modo cómo se empieza a construir la moral del amo. Este destaca por su fundamento interno y no externo, es decir, por erigirse sobre sí mismo, en la confirmación constante de sus preceptos y procedimientos. No así la del esclavo, que nace de la radical negación del otro (el amo) y todo lo que éste constituya. Continúa Nietzsche:

***Lo contrario sucede cuando la apreciación de los valores es la de los señores: entonces obra y crece espontáneamente, no busca su antípoda sino para afirmarse a sí mismo con mayor alegría y reconocimiento; su concepto negativo “bajo”, “común”, “malo” no es más que un pálido contraste tardíamente nacido en comparación con su concepto fundamental, todo él impregnado de vida y de pasión (125)***

Esta moral positiva tanto en su sentido profundamente optimista como en su sentido de afirmación, es la que sirve de base al comportamiento que luego expondremos de Robinson Crusoe para con Viernes, cuidando los matices del caso. Es también altamente coincidente

con la exposición que hace Todorov sobre la actitud exótica del hombre europeo ilustrado frente al indígena, frente al otro. Tengamos eso, por ahora, presente. Nietzsche agrega un elemento sumamente interesante a su reflexión:

***Cuando el sistema de apreciación aristocrática se equivoca y peca contra la realidad, lo hace en una esfera que no le es suficientemente conocida, una esfera que hasta desdeña conocerse tal cual es: le sucede, pues, que desconoce la esfera que desdeña, la del hombre común, la del pueblo bajo (126)***

En este caso el hombre común y el pueblo bajo son el indígena y su cultura, que no representan para el sujeto amo ningún interés en su esencia, sino sólo en su productividad. Esta moral que describe Nietzsche es totalmente asimilable a la del colonizador. Albert Memmi, define ésta de manera clara y aprehensible:

***Por otra parte, basta con interrogar a los europeos de las colonias: cuáles son las razones que los han impulsado a expatriarse, o, sobre todo, cuáles les han hecho persistir en su exilio. Sucede que hablen también de aventura, de pintoresquismo, de cambio de costumbres. Pero, ¿por qué no han buscado en Arabia o simplemente en Europa central, donde no se habla su propia lengua, donde no vuelven a encontrarse con grupos importantes de compatriotas suyos, una administración que los sirve, un ejército que los protege? (...) Espontáneamente, mejor que un técnico del lenguaje, nuestro viajero nos propondrá la definición más precisa posible de la colonia: allí se gana más, se gasta menos” (30)***

El mensaje es claro: no importa el lugar, sino las ventajas que posea para el ejercicio de la producción. Extendiendo esto a lo señalado por Nietzsche, no importa, en la conciencia del amo la naturaleza, la esencia del sujeto esclavo, sino sólo su productividad. No hay conocimiento de lo desdeñado en la medida en que este conocimiento no cumple ningún tipo de rol en el sistema de producción, que es el que, finalmente, articula el marco ético, sus reglamentaciones y características, coincidiendo este modelo con las máximas que regulaban la interacción de ingleses con sus colonias. La autocomplacencia de la ética del amo se exagera:

***De hecho, hay en el desprecio demasiada negligencia y descuido, demasiado gozo íntimo y personal para que el objeto del menosprecio se transforme en una verdadera caricatura, en un monstruo (126)***

El caso del caníbal sí concluía en una deformación del otro que lo terminaba presentando como un monstruo, pero tengamos siempre presente que, en este caso, se trataba de una amenaza y un peligro efectivo para quien producía el discurso. Este es el caso del amo ya asentado, tranquilo en su puesto desde donde dirige las operaciones de sus súbditos, de sus esclavos. El menosprecio, en este contexto, nace igualmente de una autoafirmación, no de un estado de perjuicio en que el otro se haga detestable por su acción negativa en el sujeto: el otro es despreciable porque no es tan bueno como yo. Sigamos con Nietzsche:

***Los hombres de alta alcurnia tenían el sentimiento de que eran los “felices”; no tenían necesidad de construir artificialmente su felicidad comparándose con sus enemigos, “imponiéndose” a ellos mismos (como hacen todos los hombres del resentimiento); y asimismo, en su calidad de hombres completos, rebosantes de vigor y, por consiguiente, necesariamente activos, no sabían separar la felicidad de la acción; entre ellos, la actividad era necesariamente puesta a cuenta de la felicidad (127)***

Nos detendremos aquí un instante, pues esta relación frente al trabajo es central en la ética que sustenta el accionar de Robinson en la isla. Ian Watt en *Mitos del Individualismo Moderno*, desprende interesantes reflexiones a este respecto. Del capítulo IV al VIII, la novela se concentra fundamentalmente en un inagotable *hacer* de Robinson, que prepara su casa y diversas formas de alimentarse, siempre como resultado de mucho trabajo y esfuerzo. No hay lugar para el aburrimiento en la mente y el relato de Robinson, ya que éste representa a un hombre frente a una casi infinita posibilidad de acción, constituida por todas las posibilidades y “materias primas” que su isla le brinda.

***Sin embargo, la duración del trabajo, cualquiera que fuese, no debía desanimarme, pues me sobraba tiempo, que no hubiera sabido cómo emplearle si mi obra se hubiese terminado pronto. (1996:34)***

Robinson, en el fondo, no tenía nada más que hacer, y el trabajo se plantea como una terapia ante el profundo sentimiento de vacío que la soledad y la inmensidad del océano que le rodeaba habrían de generarle. Como señala Nietzsche, el fundamento laboral, la acción, se unen en esta moral a la concepción y consecución de la felicidad.

Hay un largo episodio donde se detalla y expone cómo Robinson realizó todo el proceso para hacer pan, desde conseguir y cosechar el trigo, hasta ingeniárselas para tener un horno donde calentarlos y poder, luego, consumirlo. Tras esto, declara, con mucha gracia: “Séame permitido decir que entonces (usando de una expresión común) trabajaba para ganar mi pan” (59)

Se perfila así, una moral donde el trabajo es uno de los caminos a la felicidad, en la visión del esfuerzo recompensado. Esto es peculiar, pues, hasta este momento, se yergue un concepto de moral sin presencia de otro, es decir, una moral individual cuya práctica regula la vida de un solo individuo. Ian Watt reconocer en esto, ecos de la ética religiosa protestante:

***Los empeños económicos elementales habrían resultado anteriormente (a propósito de la enumeración que realiza de muchas de las tareas que Crusoe desempeñó) una pura contingencia, por no hablar de aspectos deplorables de la experiencia humana; allí donde el Génesis presentaba el trabajo como una maldición para Adán y Eva por su desobediencia de las órdenes divinas, la ética protestante inculcaba la lección de que una administración infatigable de los dones de Dios era una de las máximas obligaciones éticas y religiosas (1996:166)***

Ahora bien, aclara Watt que la tendencia en la novela de Defoe no es hacia un mensaje religioso, sino preferentemente ético. La religiosidad de Robinson, demuestra Watt es débil e inestable, “dominical” como la llama el teórico inglés. Para concluir con este punto, rescatemos la conclusión de Watt al respecto:

***Mucho se ha escrito sobre el pensamiento económico de Defoe, y he de estar de acuerdo con la opinión general de que Defoe por lo común adopta una postura mercantilista anticuada: le interesan los beneficios a corto plazo en vez de la capitalización de la producción de acuerdo con las líneas maestras de la teoría económica clásica (1996:168)***

Esta última reflexión se inscribe en el marco de uno de nuestros objetivos al describir un diálogo abierto y fluido entre la obra y su contexto de producción, pues, precisamente, la Inglaterra ilustrada fue el espacio en que nació la teoría económica mercantilista, con la figura de Adam Smith y su *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, de 1776.

Terminemos, pues, este apartado en que hemos descrito la moralidad del “amo”, resumiéndola: ésta se caracteriza, de acuerdo a Nietzsche, por una postura desinteresada y desdeñosa sobre cualquier cosa que tenga que ver con el otro, y por una autoafirmación constante del bienestar personal sostenida sobre una inalterable impresión de poseer el discurso de la verdad, donde ésta es lo bueno, lo beneficioso.

A esto podemos agregar algunos puntos rescatados por Memmi sobre la naturaleza del colonizado. Éste se constituye básicamente desde una oposición al colonizador en términos de los derechos y deberes de que ambos disfrutan. El colonizado, en este sentido, básicamente, vive en un desequilibrio grave entre lo que son sus escasos derechos y sus múltiples deberes. Esta carencia de derechos no implica solamente el componente perjudicial obvio, la injusticia, sino que justifica una actitud proteccionista del colonizador sobre él, una actitud paternalista que despliega un discurso centrado en un “debes hacer lo que yo diga”. En Robinson Crusoe, vemos este discurso reproducido, de manera casi irónica:

***Aquel año fue el más agradable que pasé en la isla. Viernes empezaba a hablar bastante bien; sabía el nombre de casi todas las cosas que le pedía y de todos los parajes adonde le enviaba. (104)***

Dentro de esta descripción de Memmi, hay un punto interesante que tiene que ver con lo que él llama *amnesia cultural del colonizado*, en la que se explica la pérdida progresiva que hay entre ellos de sus ritos y tradiciones, confundidos ahora con las del colono. Ahora bien, este último punto debe ser abordado con cuidado, pues hay muchos casos en que se produce un sincretismo cultural y se mezclan los discursos de ambos personajes en los ritos y celebraciones indígenas. La forma en que este fenómeno se presenta en *Robinson Crusoe*, es la forma en que a lo largo de los capítulos en que participa Viernes, se refiere al indígena: se lo enuncia una y otra vez desde la ignorancia y desinterés que define el discurso del colono sobre el colonizado, según Memmi, al no haber ningún tipo de problematización sobre los roles de cada uno. Esto alcanza en la novela el paroxismo, cuando se juntan los dos ámbitos que venimos desarrollando: cuando Viernes admite a Robinson sus prácticas caníbales:

***-Y bien, Viernes, ¿qué hace tu nación con los hombres que coge? ¿Se los llevan para también para comérselos como ellos hacen? Sí, mi nación comer hombres también, comer todos. Por esto comprendí que mi salvaje Viernes era de los que tenían costumbre de desembarcar en la extremidad de la isla, en donde tenían sus festines humanos, y algún tiempo después, cuando me aventuré a ir a aquel mismo lado con él, reconoció al momento el sitio, y me dijo que había venido un día, y que se había comido veinte hombres, dos mujeres y un niño. No sabía cómo contar hasta el número veinte en inglés; pero puso otras tantas piedras alineadas en el suelo, y me suplicó que las contase. He relatado el anterior diálogo, porque se enlaza con lo que sigue. Después de la conversación con Viernes, le pregunté qué distancia había de la isla al Continente y si en la travesía las canoas naufragaban alguna vez. (104-105)***

Robinson descubre que el indígena con el que lleva ya más de un año viviendo es de los mismos caníbales que alguna vez tanto le aterraron, y no reacciona de ninguna parte ante esto. Ni positiva ni negativamente, confirmando la planitud de la visión que presenta el naufrago de él. E incluso llega a señalar que nos acaba de relatar todo aquel episodio, sólo para contarnos el desarrollo de sus planes de escape. Se confirma lo que venimos señalando a lo largo de la investigación: no hay en la novela de Defoe ningún tipo de

problematización sobre la figura de los indígenas, sino la relación de seres inverosímiles, escasamente humanos. Aquí hay un detalle importante, porque esta impresión la genera antes la forma de narrar que lo narrado. Sobre la forma de narrar queda claro con el ejemplo que presentamos, pues el narrador, en lo que escoge decirnos perfila una imagen completamente chata de Viernes. Sin embargo, en algunas alusiones directas sobre él, se rescata una relación cariñosa y afectuosa entre amo y esclavo:

***Su sencilla y cándida pureza se revelaba a cada instante, y empecé a quererle entrañablemente. Y creo que, por su parte, me amaba más de lo que lo había hecho antes. (104)***

Sin embargo, la figura de Viernes no llega a ser ambivalente, pues en la forma que el narrador lo presenta la humanidad del indígena se presenta exclusivamente en esos gestos, y no en algún tipo de contradicción interna del personaje, o en actos que revelen una voluntad propia, siquiera una iniciativa. No basta con señalar que era amigable y que su ayuda fue fundamental para escapara de la isla: se confirma igualmente una visión sustentada en una afán de adecuación a la estructura mayor del relato, que a una intención de retratar fielmente a un indígena.

Avanzando en la identificación de este objeto focalizado, pasamos ahora a señalar que la moralidad que hemos presentado, desde Nietzsche y Memmi, es la que sustenta los siguientes conceptos con que Todorov trabaja para abordar la relación entre indígena y europeo en los relatos de la primera modernidad. Éste trabaja sobre la revisión y reflexión de una amplia bibliografía: escritos de filósofos y viajeros europeos desde el siglo XVI en adelante. A partir de la lectura de estos textos, va desprendiendo conceptos funcionales para comprender y definir la relación que en ellos se está desplegando del otro, del indígena. Pues, se fue formando lentamente en el relato europeo de aquella época, un marco de referencias que habrían de constituir, junto a múltiples testimonios orales difícilmente registrados, la visión que la gente europea común y corriente tenía de los indígenas, visión que, de acuerdo a nuestra hipótesis de trabajo, habría de estar presente en la novela de Daniel Defoe. Entre estas referencias se cuentan los relatos de Montaigne, de Bouganville y las crónicas de los viajeros españoles, entre otras.

No hay en el Robinson, una actitud peyorativa hacia la imagen personal de Viernes, todo lo contrario. El naufrago, como vimos antes, anhelaba fuertemente un compañero, y con Viernes tenía esa posibilidad. Tras haberlo rescatado, éste, no sabe muy bien qué hacer, y tras vacilar un acercamiento, reacciona personalmente, es decir, desde su decisión, sin que Robinson nada le diga, de la siguiente manera:

***Me sonreí tan cariñosamente como me fue posible, invitándole siempre a que se acercase. Finalmente, habiendo llegado ya cerca de mí, se arrojó de nuevo a mis plantas, besó la tierra y cogió uno de mis pies, que puso sobre su cabeza; esto era como un juramento de hacerse para siempre mi esclavo. Lo levanté, acariciándolo mucho a fin de animarlo. (99)***

La imagen habla por sí sola. La consideración de Nietzsche sobre la moral del otro, se anula, pues, en el agradecimiento, el esclavo se pasa inmediatamente al bando contrario y se somete voluntariamente, no habiendo acción de represión. Esto, lo único que logra es instalar la condición de amo y criado, en términos amistosos; sin embargo, poco creíbles, poco probables, en la medida en que limitan demasiado la realidad de la condición humana del indígena, que el relato no problematiza en ningún grado.

El relato, sigue, no obstante, presentando esta imagen y señala:

***Entonces me dijo algunas palabras que no pude comprender, pero me parecieron tanto más dulces cuanto que era el primer sonido de voz humana que, a excepción de la mía, había herido mis oídos después de veinticinco años (99)***

Sin duda una imagen preciosa, pero que no va más allá de eso. Todas las características que al principio describimos a propósito de las formas narrativas y expositivas del texto, no permiten una reflexión en torno al indígena, sino que lo hacen pasar directamente al plano de dominio de Robinson. Él sigue siendo el jefe y sigue disponiéndolo todo y de todos. Sigue siendo su isla, y Viernes no presenta ningún indicio de querer oponerse a ello. Esto último es común en el comportamiento del indígena: no se opone a nada, prácticamente no opina. Se comunican adecuadamente, mediante gestos, pero la buena disposición y obediencia de Viernes nunca se altera. Robinson lo describe para el lector:

***Sus cabellos eran largos y negros, pero no crespos; su frente, ancha y elevada; sus ojos, brillantes y llenos de fuego. El color de su piel no era negro, sino bastante atezado, sin aquel desagradable tinte amarillo de los indígenas del Brasil (...) Su cara era llena y redonda; su nariz, pequeña, pero no aplastada, como la de los negros; la boca, bien hecha; los labios, delgados; los dientes, fuertes y tan blancos como el mismo marfil (100)***

La descripción es agradable, cuidadosa y no repara en señalar las virtudes de aquel rostro. Sin embargo, antes de haber presentado esto, Robinson ha dicho:

***Tenía un aspecto agradable y cierto aspecto muy varonil en sus facciones, aunque sin mezcla de rudeza ni ferocidad. Se encontraba en él toda la dulzura, todo el agrado de los europeos, sobre todo cuando se sonreía (100)***

Esto es, con algunos matices, lo que Todorov denomina una perspectiva nacionalista para enfrentar la problemática indígena, pues el indio es bueno en la medida en que se iguala a lo europeo, y esto marca la orientación de la descripción realizada. Al principio de la investigación, la intención era apreciar en la novela de Defoe una visión exótica, posiblemente funcionando en el texto. Sin embargo, esta no se concretiza, pues la valoración de Viernes no es por que sea indígena y no europeo, sino todo lo contrario: se le valora, en este primer caso, por *parecer* europeo y, en un plano discursivo, por ser funcional al sistema de producción practicado por Robinson. Esto es lo que Todorov entiende como un *nacionalismo cultural* que refiere a un apego y predilección por la cultura propia y que tiene pretensiones universalizantes. Esto es interesante de *Robinson Crusoe*, pues no es una actitud consciente del náufrago, ni es su discurso; sin embargo, opera subterráneamente en la estructura del libro. Como señalamos antes, Robinson se afirma en sus decisiones y la moral que practica le es beneficiosa, en la medida en que le hace feliz. Viernes pasa a ser parte de este sistema y se reproduce en la actitud de Robinson hacia él, una afirmación constante del discurso europeo: lo primero que hace el indígena es arrodillarse ante Robinson y poner su cabeza bajo el pie del náufrago. Ahora bien, el nacionalismo del que hablamos es cultural y no regional: Robinson no está actuando en nombre de ningún país, sino respondiendo a discursos más transversales de la realidad europea como son una ética y una religión. Al exponer su concepción de exotismo, señala Todorov:

***Es el país al que pertenezco, el que posee los valores más altos, cualesquiera que estos sean, afirma el nacionalista; no, los posee un país cuya única característica pertinente es que no sea el mío, dirá aquel que profese el exotismo. Se trata, pues, en ambos casos, de un relativismo que en último instante ha quedado atrapado por un juicio de valor (nosotros somos mejores que los otros;***



***los otros son mejores que nosotros, pero en el que la definición de las entidades que se comparan, “nosotros” y los “otros”, permanece puramente relativa (305)***

Teniendo presente este extracto, qué lectura arroja el siguiente párrafo de la novela:

***Yo comprendía la mayor parte de aquellas señales y procuraba demostrarle que estaba muy contento con él. Luego traté de hablarle y de enseñarle a contestarme. Traté también de hacerle comprender el nombre que le había puesto, que era el de Viernes, por ser éste el día de la semana en que le salvé la vida. Le enseñé también a llamarme amo y a decir sí o no, haciéndole comprender lo que significaban dichas palabras. En seguida le presenté leche en una especie de vaso de barro (...) Permanecí toda la noche con él; pero desde el momento en que vino el día le hice comprender que era necesario que me siguiera y que le daría vestidos, lo que pareció regocijarle porque estaba enteramente desnudo (100-101)***

Es claro cómo el modelo impuesto es el de Robinson, sin ninguna vacilación. Ahora bien, Todorov señala hay un segundo elemento que define al *exotismo*, que sí es funcional en este caso:

***Los mejores candidatos al papel de ideal exótico son los pueblos y las culturas más alejados y más ignorados. Pero, el desconocimiento de los otros, la negativa a verlos tal como son, difícilmente puedan considerarse formas de valorar. Es un cumplido muy ambiguo el de elogiar al otro simplemente porque es distinto que yo. El conocimiento es incompatible con el exotismo, pero el desconocimiento es, a su vez, irreconciliable con el elogio a los otros; y, sin embargo, esto es precisamente lo que el exotismo quisiera ser, un elogio en el desconocimiento. Tal es su paradoja constitutiva. (306)***

En este último sentido, Robinson es todo un exotista, pues no para de hablar bien sobre Viernes, pero ¿qué sabe realmente sobre él?, ¿le interesa, siquiera? Este es precisamente el desdén del que hablaba Nietzsche y la causa de la amnesia cultural de la que habla Memmi, caracterizado por una actitud triunfante que no necesita *saber* del otro, en tanto éste no constituye ningún tipo de problema. Si bien la actitud de Robinson no es abiertamente de elogio, y recrimina fuertemente a Viernes cuando éste le insinúa que se comen a los prisioneros muertos, sí hay constantemente una alabanza a la buena disposición del indígena y a su excelente condición. Llegamos aquí a un punto interesante, pues la ignorancia del personaje, reproduce la del autor. Al señalar que Viernes se puso contento de recibir ropas, pues andaba siempre desnudo, se está presentando como posible en la ficción, y por lo tanto, totalmente funcional a los discursos que sustentan el relato, un hecho que nace de una ignorancia cultural: el indígena americano, en casi todas sus representaciones aparece semidesnudo, lo que tiene pleno sentido, si consideramos las características climáticas de gran parte del continente. Que Viernes abandone sin más ni más esta costumbre, a favor de una europea, lo presenta como un personaje muy poco complejo, muy poco creíble. Sin embargo, esto responde perfectamente al correlato ideológico que hemos descrito y a la moral que hemos instalado, pues en función del relato, Viernes es más un incidente que un personaje, y viene a reproducir con su presencia el fin del ciclo seguido por Robinson y descrito por Adam Smith, según informa Ian Watt. Robinson parte su vida como recolector, cazador y pescador; luego se asienta e inicia tareas de ganadero nómada y agricultor, y, finalmente, llega a adueñarse de Viernes, es decir a convertirse en amo, completando el ciclo del desarrollo y progreso de la humanidad. “El modo en que Robinson dispone sus alimentos, sus herramientas y sus muebles pasa por

las mismas etapas de la historia humana” (1996:164). En lo que respecta a la humanidad de Viernes, esta es bastante secundaria, estableciéndose desde un principio una insalvable jerarquía dentro del texto. La gracia de la novela radica, sin embargo, en presentarla como algo positivo, como algo *natural*, y esto sucede en la medida en que reproduce los discursos epocales que hemos descrito.

El mismo Ian Watt, explica la relación entre Robinson y Viernes en términos no muy lejanos a los nuestros, pero con profundo sentido crítico:

***Crusoe la considera una relación ideal. Aparentemente, un silencio funcional, roto tan sólo por un ocasional “No, Viernes” o un abyecto “Sí, amo”, da más encanto al idilio. La naturaleza social del hombre parece estar satisfecha con la concesión del que tiene razón, o con el agradecimiento momentáneo, o con una condescendencia benévola, pero no ajena a la exigencia (1996:181)***

Esa es sin más misterios la forma en que Robinson entabla su relación con su criado, y ese es el perfil que del indígena se presenta en la novela de Defoe. Esta es, pues la forma de focalizar el relato.

---

# Conclusiones

Ahora que ya hemos presentado y desarrollado los puntos que en un principio nos propusimos abordar, estamos de condiciones de sintetizar y concluir las reflexiones presentadas.

El capitalismo y el colonialismo son dos fenómenos históricos y culturales que nacieron en conjunto, pues era necesaria una conciencia capitalista para concebir un proyecto de expansión comercial en otras zonas del mundo, por una parte, al tiempo que era necesario el descubrimiento de las posibilidades de obtención, explotación y acumulación de nuevos recursos en nuevas zonas geográficas, para darle forma a una nueva manera de entender la economía, por otra. Como señalamos en la introducción, ambos fenómenos tenían el carácter de globales, y su dimensión es incomprensible sin considerar esto, pues comprendieron un cambio sustancial para la historia de la humanidad, generando un desequilibrio en las condiciones de vida de distintos grupos humanos que hasta el día de hoy constituye un problema no resuelto y cuya solución, por cierto, no asoma por ninguna parte.

El hecho de que ambos fenómenos hayan experimentado este nacimiento en conjunto, implica que sus discursos se corresponden en muchos aspectos, como aquí hemos señalado: la actitud descrita a propósito de John Locke e identificada por Ian Watt con el asentamiento del capitalismo en el espacio inglés del siglo XVIII, coincide con los comportamientos descritos por Albert Memmi respecto al sujeto colonizador, en la medida en que ambos se estructuran sobre una concepción fundamentalmente autónoma de la libertad, que defendía las posibilidades y derechos de los hombres de intervenir y apropiarse de la realidad natural. Esto último se inscribe igualmente en la problemática trabajada por Ian Watt en torno al nacimiento de la novela, en la medida en que él identifica este fenómeno en relación al desarrollo de una nueva idea del individuo. En este sentido, la intención de este trabajo era la de mostrar las redes que conectaban estos discursos propios de distintas esferas de la sociedad inglesa del siglo XVIII, y hacerlas comprensibles en el marco de la novela de Daniel Defoe. El resultado de este trabajo fue la identificación del focalizador del relato, a partir de la terminología de Mieke Bal, en la figura del náufrago Robinson Crusoe, la que intentamos presentar desde la exposición de los elementos de su contexto de producción que constituían tanto el género de novela y autobiografía, como las circunstancias y características del personaje. Podemos señalar que este objetivo se cumplió, pues, sin pretender hacer un análisis de toda la cultura y la sociedad inglesa del siglo XVIII, se logró captar los elementos que de ésta se valió Daniel Defoe implícita y explícitamente para construir su personaje y su relato.

En la segunda parte, nos desplazamos al otro componente del ejercicio de focalización, el objeto focalizado. Dentro de los múltiples elementos a considerar en esta categoría, escogimos el del indígena, por las razones indicadas en la hipótesis. Antes de ver si ésta se comprobó o no, comentemos los resultados obtenidos en este segundo punto. Para trabajarlo, postulamos una distinción metodológica entre la imagen individual y la colectiva, que permitiría reconocer estos dos planos en que se da la presencia indígena en la obra. Esto, se hacía importante, pues si bien contemplamos en el análisis el momento en que ambos paradigmas se juntaban, al descubrir Robinson que Viernes era un caníbal, las

implicancias que cada imagen tenía eran múltiples y difíciles de conjugar: una tenía que ver con un sustrato mitológico, la de los caníbales, y la otra con un sustrato ideológico, la de Viernes. Para abordar estos contenidos, seguimos aplicando la premisa fundamental de identificar lo referido por la novela con su contexto de producción y logramos así reconocer y referir brevemente la presencia en la tradición literaria y cultural de los caníbales, por una parte, y el lugar de Viernes, el indígena, en los correlatos ideológicos de la obra, por otra. Este último punto, es el más importante de esta tesina, dado que hacia él apuntaba toda la investigación desarrollada y la confirmación de la hipótesis.

No hay una concepción particular del indígena en *Robinson Crusoe*, sino sólo la adaptación o inclusión de éste en el discurso capitalista que sustenta la obra. Esa era nuestra hipótesis. Esta era una idea acotada y rastreable, tanto en el texto como en las referencias bibliográficas, y permitía un buen ingreso a la problemática indígena dentro de la obra. Pues, el objetivo principal era poder distinguir esta figura, ver cómo se desarrollaba y presentaba en la novela. Responde, en este sentido, a lo plano del personaje Viernes, elemento que no deja de llamar la atención. La forma de relacionarse con su criado por parte de Robinson, da la impresión de ser amistosa y enriquecedora y el naufrago parece quererlo mucho. Watt, nos cuenta sobre la muerte de Viernes en el segundo volumen de aventuras de Robinson Crusoe:

***...ya que Viernes, fiel hasta el final, muere abatido por las flechas de sus compatriotas. Crusoe es “el ser más desconsolado de todos los que viven” (II, 179) y da “al pobre y honrado Viernes” un decente y solemne entierro en un féretro, en el mar, con el saludo de once cañonazos (II, 180). (1996:181)***

Pero a pesar de esta buena intención del narrador, la imagen que de Viernes construye con su relato es la de un ser humano sumamente limitado, extremadamente precario en su accionar. Si bien puede objetarse que no hay descripción de algún otro ser humano no indígena que se plantee en términos laudatorios, lo singular de la imagen de Viernes es que no es particular. Salvo, la descripción de su rostro y cuerpo y de sus ropas, no hay nada en él que lo saque de su extraña condición. Viernes es, como señalamos antes, un sujeto sin voluntad ni contradicciones. ¿Qué ser humano es así?

Y esto confirma la hipótesis de que no hay un discurso sobre el indígena, sino la ubicación de éste en los modelos que sustentan la novela. Dentro del esquema capitalista inglés no hay una plaza definida para el indígena como tal, dada la relación que con ellos se tenía y que describimos en la introducción. En este sentido, lo más lógico sería incluirlos en la escala más baja del sistema de producción y esto. Watt (1959:73) destaca esto, al señalar que la llegada de Viernes a la isla no es señal de menos trabajo para Robinson, sino de mayor y mejor producción. Ahora bien, el hecho de que esta imagen coincida con la descrita por Albert Memmi en torno a la naturaleza del colonizado, no significa necesariamente que haya un lugar para el indígena en este relato; recordemos lo señalado por Liss en relación a las colonias inglesas. Esto se explica en el hecho de que el sistema de relaciones coloniales, en una etapa aún no tan desarrollada de estas, está concebido sobre los principios del capitalismo, que son los que sustentan la novela. Por ello tiene sentido que la imagen de Viernes coincida con la del colonizado.

Para finalizar, sólo queda señalar que la intención de este trabajo no es en ninguna medida presentar una lectura terminante y definitiva de los aspectos en él abordados, sino contribuir con el estudio de estas problemáticas en el ámbito académico local. Pues esta visión del indígena, que podemos concluir por denominar paternalista y jerárquica, es representativa de un discurso mayor que sigue, hasta el día de hoy, afirmando las mismas relaciones asimétricas, y constituye un antecedente relevante para esta discusión.

---

# Bibliografía

## Fuentes literarias

- Cleland, John. *Fanny Hill*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Defoe, Daniel. *Robinson Crusoe*. Ciudad de México: Editorial Porrúa, 1991.
- Richardson, Samuel. *Pamela*. Madrid: Cátedra, 1999.

## Fuentes Críticas

- Adams, Percy. *Travel Literature and the Evolution of the Novel*. Kentucky: The University Press of Kentucky, 1983.
- Auerbach, Erich, *Mimesis, La representación de la realidad en la literatura occidental*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bajtín, Mijaíl Mijáilovich. *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1998, pp. 248.
- Bardavio, José María: *La Novela de Aventuras*. Madrid: SGEL, 1977.
- Berger, Thomas R. Una terrible y perdurable sombra. *Valores europeos y derechos indígenas en América (1492-1992)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Chartier, Roger: *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Diderot, Denis. *Textos para una Estética Literaria*. Santiago, Editorial Universitaria, 1971.
- Kapler, Claude. *Monstruos, Demonios y Maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid: Akal editores, 1986.
- Kreutzer, Eberhard. "El nacimiento de la novela en Inglaterra" *Historia de la literatura. Ilustración y Romanticismo 1700-1830*. Volumen Cuarto. Madrid: Ediciones Akal, 1992.
- Memmi, Albert. *Retrato del Colonizado*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1969.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *El pensamiento de vivo de Nietzsche / Presentado por Heinrich Mann*. Buenos Aires: Losada, 1947.
- Paugen, Anthony. *La caída del hombre natural*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Parry, John. *Europa y la expansión del mundo 1415-1715*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Romero, Francisco. *Historia de la Filosofía Moderna*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1994.

- Rousseau, Jean-Jacques. *El Contrato Social*. Madrid: Editorial Sarpe, 1983.
- Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los Otros: reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1991.
- Watt, Ian. *Mitos del Individualismo Moderno*. Madrid: Cambridge University Press, 1999.
- Watt, Ian. *The Rise of the Novel*. California: University of California Press, 1959
- Zimmerman, Bernhard. "Público lector, mercado y posición social del escritor en la fase inicial de la sociedad burguesa". *Historia de la literatura. Ilustración y Romanticismo 1700-1830*. Volumen Cuarto. Madrid: Ediciones Akal, 1992.